

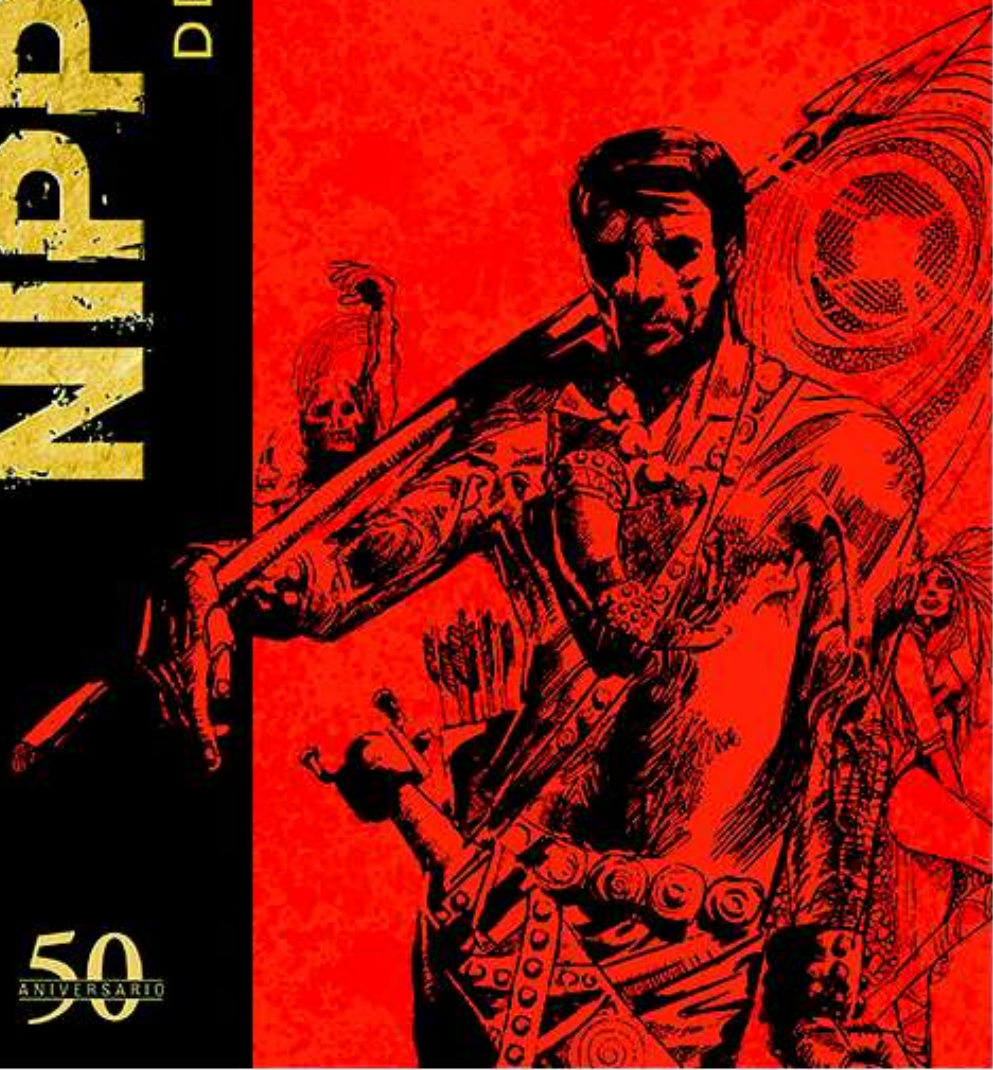
NIPPUR

DE LAGASH

LA BRUJA

ROBIN WOOD
LUCHO OLIVERA

50
ANIVERSARIO



Vol 4

LA BRUJA

UN DÍA EN QUE YO ERA FELIZ

CÓMO CONOCÍ Y SOPORTÉ A

RAMAR

LA JUSTICIA DE JANIPO

EL CARRO DE ESTRELLAS

EL ENVIADO

RAM, EL ARQUERO

EL DIOS NEGRO Y EL HOMBRE

LA BRUJA

Por ROBIN WOOD

NIPPUR DE LAGASH



Dibujos de LUCHO OLIVERA



Estoy sentado en las orillas del mar sobre mi manta doblada y con mi espada hincada ante mí, viendo cómo el sol hace descender su carro ardiente hacia el filo del horizonte. Nacerá la noche entonces y los silencios se volverán rumores oscuros. Duendes y fantasmas correrán sobre las nubes para atormentar a los hijos de los hombres.

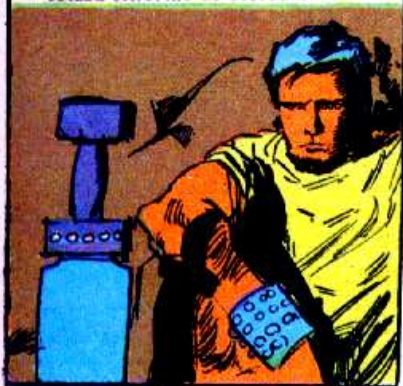


Hace ya tres días que me detuve en este rincón de las orillas que marcan el camino hacia Akad, a donde viajo. Había oído rumores de guerra civil entre Sargón, el gran copero del muerto rey y los familiares reales. Rumores de sangre y revuelta.



Y yo iba allá, buscando un fin que justificara mi deambular.

Tal vez lo hacía por mi amistad con Sargón, o tal vez porque estaba enfermo de soledad.



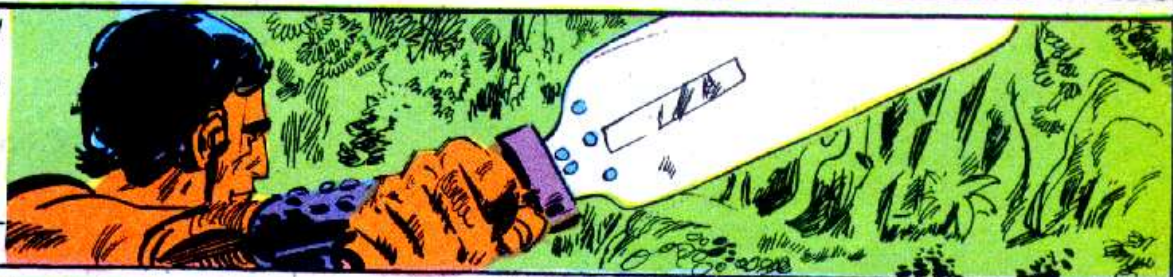
La hoja de la espada se tiñó de rojo. Más allá, el sol se revolcaba en su propio fuego, agonizando en su ergía roja y negra. Yo, solo detrás de mi espada, pensaba en cosas viejas. En viejos amores y en días ya viejos.



Y entonces oí los cascos del caballo...



Soy un guerrero y para mí el rumor de un jinete puede ser el anticipo de un amigo como el de un enemigo. Desclavé la espada y esperé que apareciera.



Nada ocurría. Ningún jinete surgió de las sombras naciendo algo rojas y algo negras. Había humedad.



(Qué extraño...)

Luego oí el relincho y el chapalear de unos cascos en el agua. También oí el grito de miedo.



(¿Qué ocurre allí?)



Corrí rápidamente. Tengo piernas largas y fuertes como todos los montañeses y no tardé en acercarme al grito.



Y entonces el enano me cortó el paso. Al principio creí que era una roca hasta que se cruzó ante mí y oí su voz chillona.



¿Quién eres? ¿Adónde vas?

Soy Nippur de Lagash y voy a ver qué ha sido ese grito.



No es asunto tuyo, hombre de Lagash. Es la noche de las hijas de la noche. La muerte busca alimento. No tropieces con ella.

Otro grito se escuchó. Era una mujer. La voz se le quebró y se convirtió en sillozo. Perdí la paciencia. No me gusta oír gritar a una mujer.



¡Apártate!

¡No! Escucha lo que...

¡Apártate!



La niebla del mar era blancuzca y formaba extrañas espirales absurdas, ilógicas y entre ellas avancé, sintiendo el agua que me empapaba los pies.

(Fue por...)

Vi un caballo muerto, manando un chorro de sangre de su cogote cortado.

Socorro... Socorro...

Avanzaban como fieras sobre la muchacha caída en la arena. Debían ser diez y tenían el paso lento y vacuno de los campesinos. Empuñaban cuchillos...

¡Alto! ¿Cómo puede alguien que no sea un perro atacar a una mujer?

No parecieron sorprendidos al verme, casi diría que su aspecto era resignado, como si me aguardaran. Un viejo con la cara triste y sombría me preguntó:

¿Eres un demonio convocado por la bruja?

No. Sólo soy un forastero de paso. Fui atraído por el grito.

¿Eres un hombre?

Ya te lo he dicho antes.

Entonces apártate y déjanos acabar nuestra tarea. Esta mujer está maldita y debe morir.

¿Por qué?

Es Aria, la que invoca a los demonios en la noche y trae la muerte y el hambre y la peste sobre nuestras aldeas. Por adonde ella va descienden buitres y pena. Apártate que debemos terminar esta tarea.

Es la segunda vez esta noche que alguien me dice que me aparte y ya esto me está dejando de causar gracia. Apártate tú, cuidador de bueyes.

¡Te advertí que...!

Atacó estúpidamente con torpeza de hombre de surco y su cuchillo cortó el aire.

¡Ah!



¡Fuera, perros! ¡A sudar vuestra cobardía y vuestra peste lejos de aquí! ¡Corred!



No quise herirlos. No eran guerreros y no sabían pelear. Matarlos hubiera sido innecesario. Un soldado busca a otro si desea sangre. El tigre no combate contra el perro.

¡Fuera!

Creo que tardarán en volver...



Entonces fui junto a la joven aún caída en la arena mojada. Nunca había visto yo cabellos tan largos y tan negros. La cubrían como un manto y sus puntas se mojaban con el agua del mar...

Muchacha...



Alzó la cara y me sentí impresionado. No era hermosa pero sus ojos verdes, relucientes en la oscuridad, le daban un aire extraño de felino. Aria, la bruja, había dicho. Yo no creía en brujas.

Te debo la vida, extranjero.

Tal vez...



¿Dónde vives? Te llevaré allí...

Hay una cueva en una montaña no muy lejos de aquí. Allí vivo yo...



Enganché mi carro de guerra a los caballos y subimos. Había un extraño olor perfumado en sus cabellos que no me agradaba del todo y tampoco sus ojos que relucían en la oscuridad como si tuvieran un fuego propio.

Sujétate fuerte. Hay muchos pozos en el camino.



Sus brazos eran suaves y tibios alrededor de mi cintura mientras nos bamboleábamos en el carro. Los cascos de los caballos retumbaban sobre la tierra húmeda. A veces las ramas de los árboles nos rozaban.



Sigue el camino blanco, extranjero.



Allí es.

Trepamos por un sendero pedregoso y cuyas piedras chirriaban y gemían bajo las ruedas. La negra boca de la caverna se abría cerca de la cumbre.



Descendió con agilidad y varios perros de siniestro aspecto la rodearon. Al verme me mostraron los colmillos pero ella los espantó con secas órdenes.

Perdónalos. Los campesinos los apedrean constantemente, por eso no quieren a los extraños.



Ven adentro. Hoy eres mi huésped.



La cueva era grande y me sorprendió su limpieza y la profusión de mantas y cueros que cubrían el suelo. También vi armaduras de guerreros apiladas en el fondo.

Siéntate. Yo cocinaré.



Me acerqué a las armaduras y las contemplé con curiosidad. No tenían marcas de golpe ni de sangre. Eran atenienses, sumerios, asirios, hititas e incluso algunas de esas de madera endurecida a fuego que usan los hombres de las montañas.

¿De dónde habrán salido?
¿Cómo están aquí?



Un visitante no hace preguntas a su anfitrión y además yo tenía la seguridad de que aquella muchacha nunca las contestaría. Además...

¿Y ese ruido? Son pasos...



¿Qué ocurre?

Alguien viene... Tal vez algunos de los campesinos...



Vi una mano que aparecía y apunté hacia allí con mi espada.



Los dioses sean loados...



¡Ah! Este es Eburmes, mi amigo. Vive aquí en esta caverna.

¿Tu amigo?

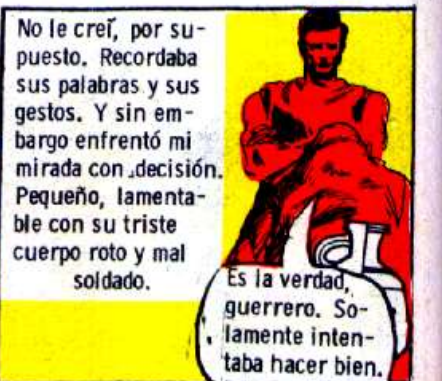


Te aconsejaría que cambies tus amigos, Aria. Por lo menos éste. Hoy intentó detenerme cuando corría para ayudarte. ¿Tal vez intentaba evitar que pudieras recibir auxilio?

¿Has hecho eso, Eburmes?



No... Creí que era otro de los que venían a atacarte y por eso traté de detenerlo. Me alegro de haberme equivocado...



No le creí, por supuesto. Recordaba sus palabras y sus gestos. Y sin embargo enfrentó mi mirada con decisión. Pequeño, lamentable con su triste cuerpo roto y mal soldado.

Es la verdad, guerrero. Solamente intentaba hacer bien.



Yo te creo, Eburmes, yo te creo, querido mío. Ve y duerme. Llévate algo de comer y beber. Descansa tranquilo. Yo sé que tú me quieres bien.

El deforme monstruo le lanzó una mirada sorprendente donde el amor y algo como el horror y la fascinación se mezclaba. Pareció con deseos de decir algo, pero luego se encogió de hombros y asintió con la cabeza.



Lo haré. Descansa en paz, forastero. Hasta mañana.



¿Cuánto hace que conoces a Eburmes?

Hace casi diez años cuando llegó aquí con un crupo de vagabundos. Lo traían en una jaula y lo exhibían para conseguir algo de comida. Consiguí escapar de ellos y me refugié en estas montañas. Yo lo encontré insolado y loco de hambre. Lo cuidé, y desde entonces vive conmigo.



¿Dónde duerme?

Más arriba, en una pequeña cueva desde la que se divisa el camino que llega hasta aquí. Vive con el temor de que los campesinos nos ataquen...



Terror bien fundado, por lo que veo.

Sí. Nos odian. Necesitan culpar a alguien de sus desgracias. Ese alguien somos nosotros.



Pero ven... Siéntate y come. Debes estar cansado.



Me resultaba irreal hallarme en esa caverna oculta en la montaña sentado frente a aquella extraña mujer de ojos verdes que con toda solicitud me alcanzaba alimentos y vino.

Sírvete... Aún no sé cuál es tu nombre.



Nippur... Algunos me llaman "el errante" porque no tengo hijos, ni mujer, ni fuego propio. Soy oriundo de la ciudad de Lagash.

Pareces hombre que ha visto muchos países.

Así es. He recorrido muchos lugares cercanos y lejanos. Aprendí muchas lenguas y maté a muchos hombres. Nada más te puedo decir.



Es grato hablar con alguien que ha visto el mundo que nos rodea.

Hay poco de interesante en este mundo, mujer. Arroja una piedra en el agua y el impacto formará círculos que se abrazarán unos a otros. Los hombres son así. Lejos o cerca son iguales del primero al último. Nada hay de extraño en el habitante del desierto envuelto en sus mantas o en el negro desnudo, con pelo, lleno de huesos.



Sin embargo, debes haber visto cosas interesantes... ¿No viste a las brujas de Heráclide?

No y sí.





Las vi colgar de los pies de las ramas de los árboles acribillados a flechazos. Habían realizado numerosas ceremonias sacrificando niños pequeños y los campesinos superaron su miedo, fueron hasta ellas y las mataron.



Bajó los párpados con suavidad y luego al alzarlos, sus ojos verdes parecían más amarillentos aún. Sonrió.

Parece que todos los hombres temen a las brujas.

Tal vez...



¿Tú no, extranjero? ¿Tú no les temes?

No creo en ellas.



¿Por qué?

Temo aquello que existe. Temo al golpe de una espada o a mi estómago vacío o a una mujer charlatana, pero no puedo temer a una sombra o algo que sólo está en las charlas de las viejas.

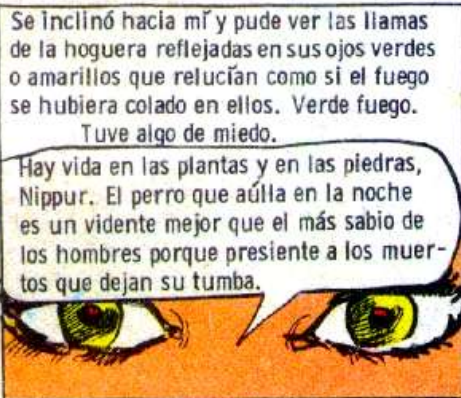


Sonrió otra vez, al igual que sonríen los viejos ante los chicos. Eso me irrita.

No sonrías con ese gesto de suficiencia, mujer. Sabes que es así.



¿Lo es, Nippur? ¿Estás seguro de lo que dices, hombre de Lagash? ¿Crees realmente que no hay fuerzas extrañas más allá del poder de los hombres? ¿No sabes acaso que el viento no es otra cosa que las voces de esa fuerza invisible?



Se inclinó hacia mí y pude ver las llamas de la hoguera reflejadas en sus ojos verdes o amarillos que relucían como si el fuego se hubiera colado en ellos. Verde fuego. Tuve algo de miedo.

Hay vida en las plantas y en las piedras, Nippur. El perro que aúlla en la noche es un vidente mejor que el más sabio de los hombres porque presiente a los muertos que dejan su tumba.



Todos ellos son poderes. El negro poder de la noche. El aullido del perro, las vidas secretas, la vida y la muerte, el jugo de una planta casi invisible puede matar como el filo de mil espadas, un símbolo de maldición puede desviar ejércitos enteros... Una maldición puede matarte...



Me puse de pie lentamente. Ya no sentía terror. El vino me quemaba las entrañas y las palabras de Aria me habían soliviantado.

Trae esa magia ante mí.



Yo la enfrentaré con esto.



Ella sonreía y no dijo nada pero un soplo de viento repentino entró en la cueva y la hoguera se apagó. Supe, intuí, adiviné que aquellas vidas extrañas de las que ella hablara podían estar allí. Tal vez cerca de mí. Tuve miedo nuevamente.

¿Hay alguien más en la cueva?



Nadie más que tú y yo, Nippur. Nadie más que se pueda palpar u oler...



Y sin embargo, algo palpitaba alrededor mío. Lo sentía en la oscuridad, hinchándose, creciendo, haciendo crujir las rocas con su volumen. Retrocedí varios pasos. Ahora se oían chirridos y rumor de pequeños pies que corrían de aquí para allá.

¿Qué es esto?



Y algo golpeó contra bronce... Algo hizo retumbar las armaduras apiladas en la oscuridad y oí una carcajada...

¿Quién está ahí?

Corrí hacia adelante bamboleando mi espada pero no encontré nada. Temí tropezar con la pared de la cueva pero no hallé nada. Corrí más aún pero tampoco hallé nada. Desesperado, palpé a mi alrededor. Nada. ¡O más negro. El silencio....



¿Dónde estoy?



Nippur...



Quedé de pie, inmóvil, estupefacto, mirando aquella silueta blanca y fantasmal que me observaba. Tenía los ojos meditativos y me estrujó el corazón reconocerlo.

Ur-El..., amigo mío...



Nippur...

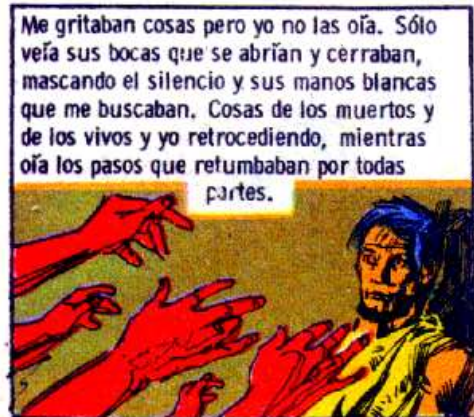


Nippur...

Nippur...



¿Qué es esto? ¿Qué significa? ¿Qué hacen aquí todos?



Me gritaban cosas pero yo no las oía. Sólo veía sus bocas que se abrían y cerraban, mascando el silencio y sus manos blancas que me buscaban. Cosas de los muertos y de los vivos y yo retrocediendo, mientras oía los pasos que retumbaban por todas partes.



Nippur.

¡No!



Nippur...

Nippur...

Nippur...



¡No! ¡Fuera!

Me aparté de ellos, pero me siguieron. Salían de todas partes y me gritaban con sus bocas mudas mientras tiraban de mis ropas...



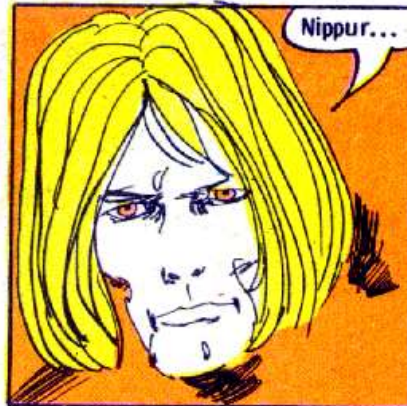
¡Suelta!



Corté sus manos a pedazos pero éstas caían al suelo y caminaban sobre sus dedos como arañas y se agarraban a mis tobillos... Un sudor helado me bañaba... Basta...



¡Basta!



Nippur...



Nippur...



Nippur...

Estaba tendido no muy lejos de la cueva sobre el pedregullo húmedo de rocío, temblando como una hoja y la boca agria del sabor del vómito. El enano se inclinaba sobre mí.

Creí que era muy tarde para hacer algo por ti.



No entiendo...



El vino, hombre de Lagash. El vino estaba envenenado.

¿El vino...? Entonces ella trató de... pero... ¿Por qué?

Un chillido inhumano llegó desde la oscuridad.



¿Qué es eso?

Los campesinos están en la cueva. Llegaron mientras ella observaba tu agonía. Fue una burla de los dioses. Tú eras el único que la hubiera defendido.



Entonces... las armaduras...

Muchos guerreros pasaron por aquí y bebieron el vino. Sus cuerpos todos fueron a flotar en el mar. Todos fueron pastos de los peces. Tú también lo hubieras sido.



¿Tú ayudaste a los campesinos?

SÍ. Ella los aterraba con su poder. Envenenaba sus lagunas cuando ellos la enfrentaban, mataba sus ganados con hierbas. Exigía tributos para no hacerlos perseguir por los demonios de la noche. Por eso los ayudé. Ahora tal vez pueda vivir mejor.



Pero tú... Yo creí...

¿Que la amaba? Tienes razón.



Mírame, jorobado, espantoso, contrahecho. Fui amasado con barro por un dios ebrio. Debí huir de todos para ocultarme. La gente me arrojaba piedras y los perros me mordían las pantorrillas. Luego me enjaularon y me exhibían por el pueblo.



Cuando huí de mis captores y hallé a Aria, ella no se asustó de mí. Me cuidó y me trató bien... Luego me convirtió en su diversión. Se burlaba de mí ante los guerreros que pasaban por la cueva y luego reía al obligarme a llevar sus cadáveres a la mar y arrojarlos en ella.



Sus demonios la enloquecían y ella se ensañaba conmigo y sin embargo yo la amé. Los dioses se apiaden de ella.



¿Adónde vas?

A la cueva, Nippur. Los campesinos deben haber terminado su tarea...



Tu carro, tus armas y tus caballos están al pie de la montaña. Tómalos y aléjate de aquí. Este es un lugar maldito.

Pero... ¿y tú?



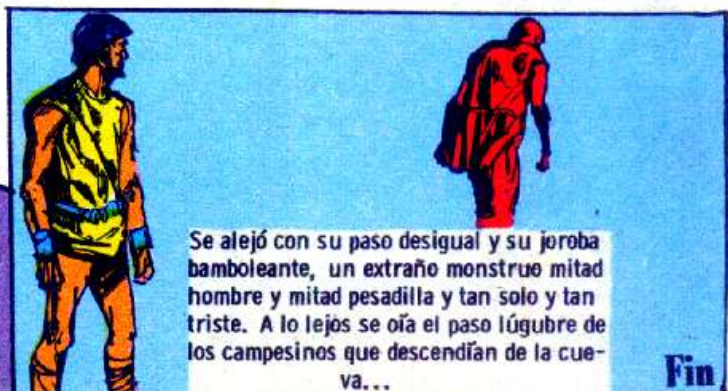
¿Yo? Ya no importa. Ahora ya nada importa. Adiós.



¡Espera! Dime... ¿Todo lo que ocurrió en la cueva fue delirio?



Adiós, Nippur de Lagash. No preguntes mucho. Las preguntas son al hombre lo que la sal a las heridas. Resígnate a ser humano. Adiós.



Se alejó con su paso desigual y su joroba bamboleante, un extraño monstruo mitad hombre y mitad pesadilla y tan solo y tan triste. A lo lejos se oía el paso lúgubre de los campesinos que descendían de la cueva...

Fin

NIPPUR de LAGASH

UN DÍA EN QUE YO ERA FELIZ

Por ROBIN WOOD



Dibujos de LUCHO OLIVERA



El día era hermoso y tranquilo y por sobre las copas de los árboles, un aircillo remolón y divertido jugaba con las hojas y las ramas, empujando a los pájaros y abriendo las flores. Un perro salido de no se sabe dónde me ladró al pasar en mi carro.



Perro tonto. ¿Por qué me ladras?



Tenía hambre y me apeé. Desunci los caballos para que pastaran a gusto y abrí mi morral y saqué carne, pan, aceitunas y queso. Me senté apoyado en mi carro, dejando que el sol me quemara. -Ven, perro tonto. Tengo un poco para ti también.



Era un perro muy condescendiente y tras estudiarme con recelo un instante meneó la cola y se sentó junto a mí con aire expectante.

Vaya... ¿Seremos amigos?

-Toma, hermano, y come. Hoy tendrás carne en vez de un palo en el lomo y yo tendré un ladrido en vez del muír de algún campesino rabioso que me ve demasiado cerca de sus hijas.



(¿Y eso? Fue un cuerno de caza...)



El no prestó la menor atención a mis palabras dedicándose solamente a su carne y su pan. Decidí hacer lo mismo. Estaba contento. No muy lejos de mis pies un puñado de flores amarillas se abrían al sol.



Un pájaro cantó desde un árbol. Canta bien, hermano. Nunca sabemos cuál es nuestro último canto. Canta bien, hermano pájaro. Come, hermano perro. Mantente lejos de mí, hermano hombre, que a ti no te tengo confianza.



(Aunque tal vez también pueda ayudar yo un poco...)



El ciervo surgió casi frente a mí. Era un hermoso animal con los ojos luminosos de miedo. Corre, hermano ciervo. En tus patas está tu vida.



Corrí hasta el lugar donde había cruzado el ciervo empuñando mi lanza. No lo hacía por otro motivo que no fuera ese hermoso día en el cual nadie debería morir. Era un día de vida, no de muerte.

(Aquí los esperaré...)



Llegaron casi enseguida. Grandes perrazos amenazantes, aullando con las narices pegadas al suelo. Me escupí las manos, divertido.

(Veamos cómo lo haces, Nippur...)



Uno de los perros llegó junto a mí. Tomé la lanza y le descargué un garrotazo con todas mis fuerzas. Y soy muy fuerte.



Detrás llegó el resto de la jauría.

¡Fuera!





¡Toma, mala bestia!
¡No hay ciervo hoy!



¡Fuera todos! ¡No hay
ciervo!



¡Eh, tú! ¡No te muevas!



¡Maldito imbécil de cerebro de asno! ¿Qué has
hecho con mis pobres animales? ¿Cómo fuiste
capaz de tocarlos...?

Yo no los toqué, no-
ble señor, fue el man-
go de mi lanza.



¿De manera que también
eres risueño? ¿Apaleas
a mis queridos animales
y sobre ello te burlas de
mí? ¡Te haré degollar
como a un cerdo!

Ten cuidado, an-
ciano simpático.
Puede ser que el
cuchillo te quede
corto.



¿Cómo te atreves a hablar así a
Arrak Triarco, miserable? Arro-
dillate y...



¡Ah!

Era un buen criado, plagado
de piadosas intenciones con
respecto a su amo, por lo
cual no lo golpeé demasiado
fuerte, apenas un estocazo
suave.



¡Te lo has buscado!



Este era un criado plagado de otra clase de
intenciones por lo cual no vacilé en arrear-
le tal garrotazo que debí hundirle la cabeza
hasta el vientre.



El anciano del ca-
ballo pareció su-
mamente apesa-
dumbrado de ver
a sus dos criados
despatarrados en
el pasto.

¡Grandísimo loco! Le rompés
la cabeza a mis criados y el
lomo a mis perros. ¿Puedes
explicarme por qué lo haces?

Te sorprenderá la respuesta, señor, pero es simplemente porque hoy me siento feliz.

Puso una cara tan cómica de estupor que me hizo reír hasta dolerme las costillas.

¡Por los dioses! ¿Te sientes feliz? ¿Qué es lo que haces entonces en tus momentos de melancolía?

Anda, sube a caballo a esos dos imbéciles, engancha tu carro y ven conmigo. Es la hora de comer y ya veo que tendré que renunciar al ciervo asado.

Arrak Triarco era un hombre muy rico en esa región. Poseía caballos y tierras, ganados y esclavos y un humor sumamente variable.

¡Era hermoso el ciervo...! ¡Y tú tenías que sentirte feliz justamente hoy!

Ya caía en la alegría más desaforada, ya en el pesimismo más trágico. Su mesa era generosa y su charla, insopórtable.

En ese momento una joven penetró corriendo en la sala donde nos hallábamos.

¡Padre! ¡Quiero hablar contigo!

¡Maidan! ¡Hay forasteros que...!

¡No me interesan! ¡Me acaba de decir mi madre que hoy llegará ese gordo insufrible de Andros para buscarme!

Escucha, hijita. Andros es un buen hombre. Tiene mucho dinero y te ama. ¿Qué más puedes pedir?

¡Puedo pedir que no sea un gordo glotón, feo como la muerte, tonto como un asno y que además tiene cinco esposas ya!

No me hagas las cosas difíciles, palomita mía. Andros está enamorado de ti. No será hermoso, pero su espíritu...

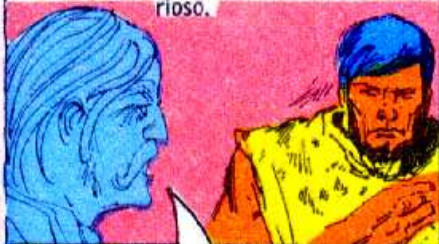
¡Su espíritu es un cubo de estiércol!

¡Basta! ¿Qué manera de hablar es esa? ¡Y ante visitas, nada menos!

Pero... yo...

¡A callar! ¡Y vete a la cocina a trabajar! ¡Creo que te he consentido demasiado y voy a remediarte en el futuro! ¡Fuera!

La joven lanzó un sollozo antes de salir. He observado que cuando las mujeres comprenden que los gritos no servirán de nada, de inmediato recurren al llanto. Arrak se volvió hacia mí bufando furioso.



¿Has visto algo igual? Le consigo un marido agradable y aún es capaz de rebelarse. ¡Su ingratitud podría llenar el Mar sin Orillas!



Creo que a las mujeres siempre les agrada el poder elegir a sus maridos.

¡Bah! ¡Mocosas con cerebro de pájaro! ¡Para ellas basta: una cara bonita y unas espaldas anchas y ya están embobadas! ¡Jamás se les ocurriría averiguar, quién es, si posee ganado o barcos o algo que no sea su preciosa figura! ¡Mujeres! ¡Bah!

Y ahora discúlpame, estimado amigo, pero debo retirarme a trabajar. Debo controlar mis cuentas pues mis esclavos no hacen más que robarme y las mujeres de la casa despilfarran mis monedas como si fuera el rey de las Tierras Negras de Egipto.

Yo debería continuar mi viaje. He abusado de tí ya...



¡No, maldito seas! ¡Quédate aquí algunos días! ¡Mañana llegará ese imbécil... digo, el buen amigo Andros y yo quiero tener alguien con quien hablar en esta casa! ¡Las mujeres no me dirigirán la palabra y en cuanto a Andros, su charla me convertiría en vinagre el vino!



Está bien, Arrak, me quedaré hasta que el casamiento de tu hija se lleve a cabo.

¡No menciones eso! ¡No vuelvas el cuchillo en la herida! ¡Su madre y sus hermanas están de parte de ella y me harán sufrir como un esclavo! ¡Ya verás las comidas sin sal que deberemos soportar!



No me retiré a mis habitaciones, sino que decidí salir a recorrer el bosquecillo que rodeaba la casa de Arrak. Hacía tiempo que dormía bajo las estrellas y la idea de una habitación cerrada no me seducía.

(Tal vez me convendría traer mi manta al prado y...)



(Pero... Algo se ha movido en aquel matorral...)



(¿Y eso? Alguien llora...)



Me asomé con mucha cautela entre los matorrales y vi a...

(Vaya... Es Maidan, la hija de Arrak. Y ese es el joven siervo que yo aporreé con suavidad esta mañana...)

La rama se quebró secamente bajo mi rodilla...



Pero...



¡Es el huésped! ¡Nos estuvo espiando!

¡Se lo diré a mi padre!



No. No lo hará.



Espera, chiquillo. No te precipites...

Aquella mañana él había estado lleno de benevolencia cuando me quiso hacer arrodillar; ahora en cambio tenía el más absoluto deseo de acabar conmigo y su cuchillo erró por dedos a mi estómago.



¡Basta!



Me gusta hablar con los jóvenes pero no con un cuchillo de por medio.



Ahora tal vez podremos hablar con algo de tranquilidad, sin cuchillos ni gritos. ¿Por qué intentaste matarme, joven de mente de mono?



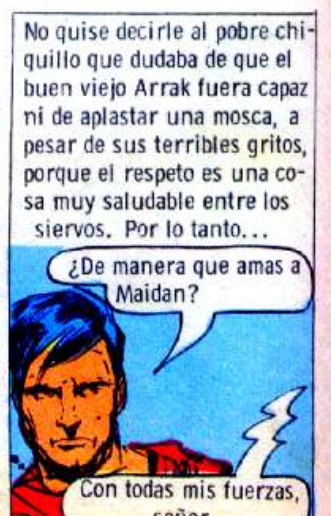
Mi señor Arrak no debe saber del amor que hay entre su hija y yo.

¿Por qué?



Sólo soy un siervo. Si él lo supiera, sería capaz de hacerme arrancar la piel con hierros al rojo.

¡Ah!



No quise decirle al pobre chiquillo que dudaba de que el buen viejo Arrak fuera capaz ni de aplastar una mosca, a pesar de sus terribles gritos, porque el respeto es una cosa muy saludable entre los siervos. Por lo tanto...

¿De manera que amas a Maidan?

Con todas mis fuerzas, señor.



¿Y qué piensas hacer mañana? ¡Vendrá un hombre de la costa que se la llevará!

¡Lo mataré!



Espero que tengas más éxito que ahora. De todas maneras te verás obligado a huir si ese Andros tiene familiares pues enviarán guerreros detrás tuyo por la deuda de sangre.



Pero yo...

Piénsalo, joven imprudente. Matar no es algo fácil. Una muerte tiene ecos como un grito en una caverna. Piénsalo.



Extranjero... espera. No te conocemos ni sabemos de dónde vienes ni adónde vas pero necesitamos consejo. Lo necesitamos desesperadamente. Somos jóvenes y no estamos seguros de lo que debemos hacer. Por favor, ayúdanos...
¿Yo...?



No sé qué decirte, muchacha. No soy quién para indicar caminos a nadie pues ni siquiera conozco el mío. No sabría qué decirte.



Sin embargo no me aparté de allí. Eran tan conmovedoramente jóvenes, esperaban tanto de la vida y de su amor que hasta de una piedra hubieran hecho brotar ternura.
No sé qué decirte ahora. Hoy dormiré y mañana hablaremos.
¿Lo prometes?



Si una vez no hubiera existido una guerra sorprendente y terrible que quemó mi vida como una antorcha, yo tal vez tendría ahora hijos que me molestaran y enterrecieran. Acaricé su pequeña y tonta y magnífica cabecita joven.

Te lo prometo.



Me alejé de ellos meditando y algo melancólico. Estaba recordando a un joven sumerio, con poca cabeza y fuertes músculos que vivió una vez en la ciudad de Lagash, hacía ya miles de años. Un joven que era yo... Hacía tanto tiempo...

(Nippur... ¿Tan viejo estás?)



Andros llegó a la mañana siguiente y al verlo y compararlo con el hermoso Tarsos, el siervo, comprendía que ni todo el oro del hombre podría compensar la circunferencia de su vientre.

Este es Nippur, amigo mío y huésped.

Los dioses te sean gratos, Nippur.



Y éste es Alcoonte, mi auriga y cuidador que siempre me acompaña... Hay muchos bandidos.

¿Has dicho que es tu auriga?

En efecto. Póseo carros de combate con los cuales realizo torneos que siempre gano. Alconte es invencible.

Eso es mucho hablar, Andros. En mi país de Sumer y en la Hélade soy considerado un buen timonel de carros.

Me sonreía con la rara cordialidad con la que un avezado hombre de mundo sonríe a un imbecil campesino y estuve tentado de borrarle su excelente sonrisa de una bofetada.

Alconte ha corrido contra los campeones hititas, asirios, egipcios, hicsos, cretenses y hasta contra los nómadas del desierto que son famosos por cuidar sus caballos mejor que sus mujeres.

A pesar de ello creo que podría ganarte...

Eso era un reto y vi sus ojos astutos estrecharse como los de un cerdo que husmea su alimento.

¿Tal vez desearías hacer una apuesta?

Si. Póseo un carro de guerra que perteneció al rey Teseo, cuya coraza está labrada y tiene apliques de oro. Además un tronco de caballos excelentes y todos sus arreos. ¿Te parece interesante?

La codicia lo mordió como una rata. Yo sabía que su cerebro estaba sopesando las monedas de plata con que cualquier rey-zuelo pagaría por un carro como el mío. Una pequeña fortuna...

Acepto...

Pero impongo una condición.

¿Cuál?

Si yo gano, tú no me pagarás a mí.

¿Cómo es eso?

Tengo un amigo que desea desposarse pero cuenta con la oposición del padre de la joven. Si yo gano tú te harás cargo de solucionar su problema abonando la dote que se considere necesaria. ¿De acuerdo?

¿A qué estado pertenece tu amigo?

Es un siervo.

Lo vi especular consigo mismo pero ya sabía su respuesta. La dote de la mujer de un siervo no es más que una piltrafa y mi carro en cambio valía una fortuna. Sonrió fregándose las manos.

Trato hecho. Redactemos una tablilla...

De acuerdo. Y se impondrá la tasa de que si uno de los dos no paga su deuda deberá responder con sus manos como ladrón.



Esto le resultó un poco duro de tragar pero la codicia era demasiado fuerte.

Acepto. Traed los punzones y las tablillas.

¿Y qué ocurrió?



Ella estaba muy alta y no pudimos lograrla. Razones de estado, me dijeron, y como yo era joven fui orgulloso y acepté esas razones. Fue un error y la herida nunca se cerró. No quiero que os pase lo mismo.



¿Estás loco? ¿Cómo ofreces una apuesta tan absurda?

¿Absurda? No sé... No la llamaría así.



Gracias... No sé qué otra cosa decir...

No digas nada. El idioma del hombre tiene más palabras de las que necesita.



Señor... ¿Has hecho eso por nosotros?

Bueno... Hubo una vez en que yo deseé tomar una mujer como esposa, muchacha...

Mis caballos piaban irritados al presentir los animales de Alconte. Olfan al adversario, al desafiante. Yo me había envuelto los antebrazos con tiras de cuero y esperaba...

(Alconte es muy corpulento... Nada le debe costar dominar a sus caballos...)



(Y si es así... ¿para qué lleva ese largo látigo? Tal vez para...)



¿Estás listo, hombre de Lagash?

Listo.



Entonces... Déjese caer esta vasija. Al romperse partiréis. La carrera será hasta el arroyo. Allí esperarán Arrak y sus hijos para dictaminar quién llega primero. ¿Listo?

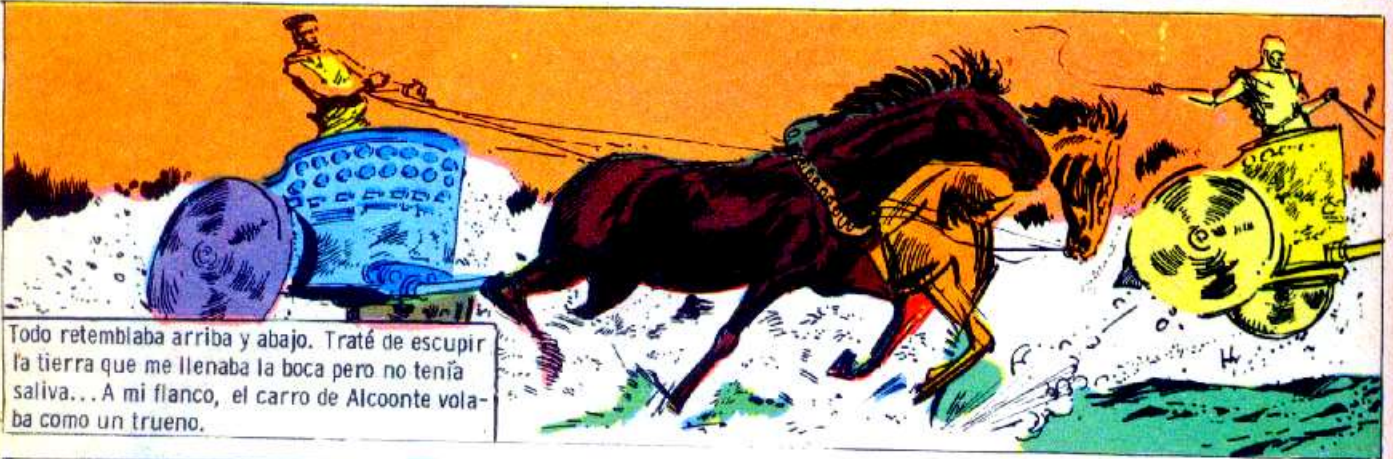
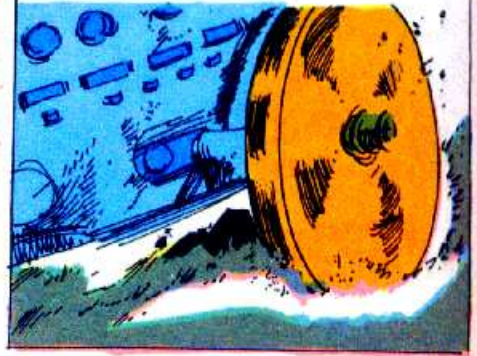


Listo.

La vasija se hizo pedazos...



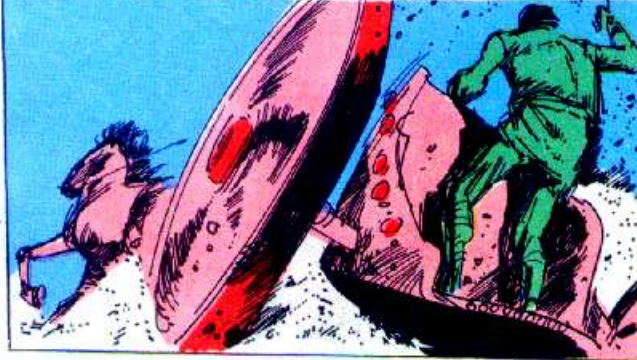
Los animales saltaron como arrojados por una catapulta y la tierra voló en nubes a nuestro paso. El carro se bamboleaba bajo mis pies. Tratando de conservar el equilibrio aullé e insulté a mis caballos,



Todo retemblaba arriba y abajo. Traté de escupir la tierra que me llenaba la boca pero no tenía saliva... A mi flanco, el carro de Alcoonte volaba como un trueno.



Un dedo, dos, una mano, dos. Mi carro tomaba ventaja. Loco, delirante azoté a mis animales, rugiendo mientras el polvo me entraba por los ojos y la boca. Adelante, el río a la vista; adelante, esparrancado en el carro, adelante...



Y el látigo de Alcoonte que estalló en mi cuello...



Nada hay que prohíba a un auriga derribar a otro pero en el furor de la carrera había olvidado el látigo. Ahora sé por qué nunca pierde sus carreras. Tengo el cuello ensangrentado...



No vacilo. Dos jóvenes esperan mi carro. Tiro de las riendas a un costado y...

Es un buen corredor pero jamás ha luchado de carro a carro y esa es mi ventaja. Las ruedas aúllan como brujas al tocarse y...





Lo arranco de su carro tironeando de un caballo y lo veo caer entre el polvo revuelto. No se hará demasiado daño. Tal vez algún hueso roto...



Buen amigo. Alcoonte. No debo olvidarme de romperle algunos dientes cuando termine la carrera pero ahora debo llegar al río...

¡Arrel!



¡Nippur! ¡Ganó!

Esa noche fue extraordinaria. Primero gritó Arrak al saber todo y tuve que gritar con más fuerza que él, lo cual no era fácil pues era más experto que yo, pero al fin... Piensa... Este será un marido que no se llevará a tu hija sino que se quedará contigo... Y tú no tienes hijos varones.

¡Hum! ¿Y qué aportará?



Eso depende de ti. El que paga es Andros. Recuerda la apuesta. Puedes exigir lo que quieras. El deberá cumplir a menos que desee perder sus manos.

¡Humm!



Es una buena idea... Vaya... ¡Ah! ¡Alguien va a pagar todos los dolores de cabeza que me han dado esas mujeres! ¡Andros! ¿Dónde estás?



Desaté mis caballos y los limpié con cuidado. Maidan y Tarsos me ayudaron, mientras parlotaban sin cesar sobre la pira de hijos que tendrían y los cuales al parecer llevarían mi nombre desde el primero al último. De lejos llegaban los lamentos de Andros y la voz tonante de Arrak gritando cifras.

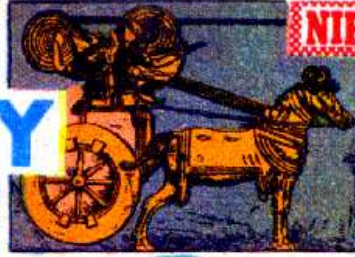


¡Hombre o mujer que oyes mi historia. ¿Sabes? En ese momento yo era feliz... En aquel día, yo era feliz...

FIN

CÓMO CONOCÍ Y SOPORTÉ A RAMAR

NIPPUR DE LAGASH



Por **ROBIN WOOD**

Dibujos de **LUCHO OLIVERA**

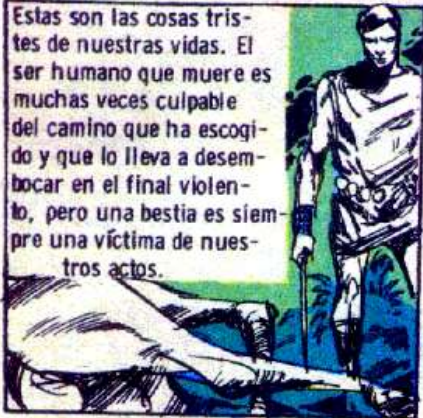
El caballo de la derecha había comenzado a cojear cuando abandonamos un torrentoso arroyo de márgenes pedregosas que crucé mientras marchaba en dirección al norte, hacia la región de los dos grandes ríos que la hacen fértil.



(Se ha rajado el vaso. Ya no me será más útil.)

(Lo siento, viejo amigo. Lo siento de verdad.)

Estas son las cosas tristes de nuestras vidas. El ser humano que muere es muchas veces culpable del camino que ha escogido y que lo lleva a desembocar en el final violento, pero una bestia es siempre una víctima de nuestros actos.



Mi otro caballo relinchó lastimeramente al olfatear la sangre. Sus ojos desconcertados no se apartaban del cuerpo inmóvil de su compañero de tantas cabaigatas. Le temblaba el belfo.

No te asustes, amigo. Ya nada se puede hacer.



Es el final, desgraciadamente común. Roguemos a los dioses que lo cuiden y le permitan galopar en otro mundo donde no haya imbéciles hombres que lo atormenten.

Yo estaba junto a unas grandes rocas y en ese instante algunas piedras cayeron junto a mí. Eso me alertó.

(Hay alguien arriba...)



Me eché a un costado y el hombre que se abalanzara sobre mí desde lo alto se estrelló contra el suelo.

¡Ahhhhh!



¡Ah, Sanás, dios del sol, de la abundancia y de otras cosas! ¡Qué golpe! ¡Creo que me he roto...!



Este... señor nobilísimo y gentil, ¿no podrías apartar la espada? Tiene una punta muy aguda y me está lastimando el cuello... No es por mí, pero lamentaría ensuciar tan hermosa hoja con mi despreciable sangre.





Amigo mío, no sé quién eres pero sinceramente estoy tentado de cortar esa gran cabeza que tienes y colocarla en la punta de un palo como aviso para todos los salteadores de caminos que deseen imitarte.

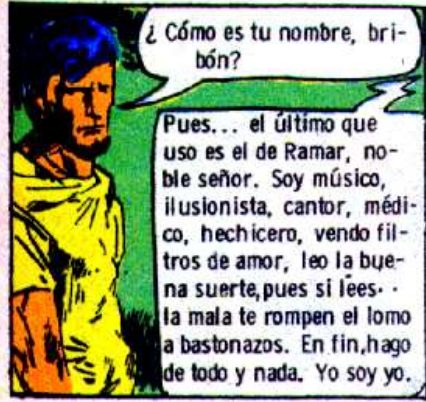


Eso estaría mal de tu parte, guerrero. Tú obedeces a tu rey y yo al mío, que es mi estómago, el que en estos momentos aúlla por su real derecho de digerir algo. Como ves, no he tratado de asaltarte por maldad sino por decreto de una autoridad muy alta.



Me causó gracia su desvergüenza y lo hice ponerse de pie a golpes.

Si deseas comer, prepara el fuego y cocina algo para los dos. Pero si haces un solo gesto que me moleste, tu cabeza quedará aquí y nunca más tendrás problemas con tu real estómago.



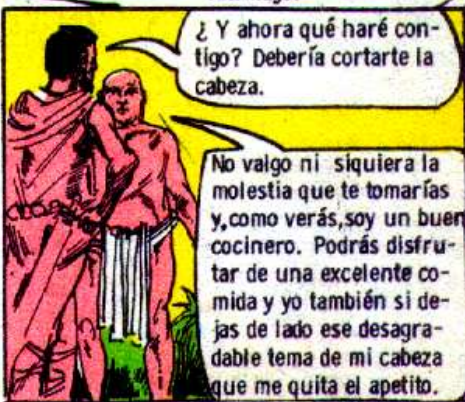
¿Cómo es tu nombre, bribón?

Pues... el último que uso es el de Ramar, noble señor. Soy músico, ilusionista, cantor, médico, hechicero, vendo filtros de amor, leo la buena suerte, pues si lees la mala te rompen el lomo a bastonazos. En fin, hago de todo y nada. Yo soy yo.



Ajá. ¿Y eres ladrón también?

La voluntad de los dioses nunca es comprensible a los hombres.



¿Y ahora qué haré contigo? Debería cortarte la cabeza.

No valgo ni siquiera la molestia que te tomarías y, como verás, soy un buen cocinero. Podrás disfrutar de una excelente comida y yo también si dejas de lado ese desagradable tema de mi cabeza que me quita el apetito.



A todo esto, ¿hacia dónde te encaminas? No conozco las insignias de tus escudos.

Marcho hacia Akad. A la corte del rey Sargón que es amigo mío.



Akad. Es una hermosa ciudad, llena de bolsas con piezas de plata que solamente piden una mano ágil que las recoja...



¿Tal vez querías llevarme contigo?

¿Yo? Ni con el cerebro lleno de moscas se me ocurriría una idea tan loca.



Piénsalo bien, señor. Soy un hombre de numerosos recursos y te podré ser de gran utilidad en estos países que no conoces y tan llenos de pícaros.

El ciego insulta al tuerto.



Espera... Tengo una idea...



Hoy he tenido que matar uno de mis caballos. ¿Puedes conseguirme otro?

Fácilmente, señor.



En ese caso, te llevaré. Consígueme el caballo. ¿Estamos de acuerdo?

Absolutamente, señor. Ojalá los dioses te cubran de dones y...



Escúchame bien, dulce efebo de los bosques. Quiero un caballo solamente. No se te ocurra aprovechar la ocasión para llevar a cabo ninguna jugarreta.

¡Ay! ¡Te juro que mis intenciones son limpias como el agua de los arroyos!



Espero que sea así. En la mañana partiré. Llevaré la carne de mi caballo. Tienes tiempo hasta mañana para volver.

Sobraré el tiempo, noble hijo de los dioses.



El viajero debe aprovechar todos los recursos con que cuenta. Corté los trozos más tiernos del animal y los sequé al sol con sal. Servirían como alimento para más adelante.

(Ya está.)

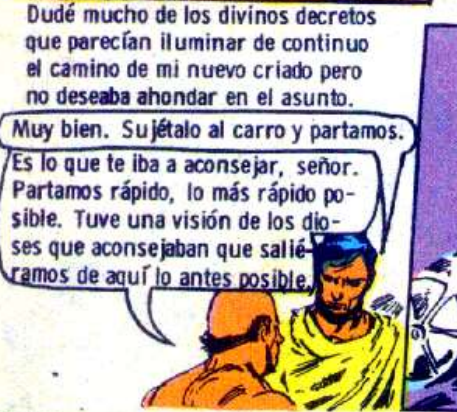


A la mañana siguiente, fiel a su palabra, Ramar estuvo de vuelta, montado en un asno de cómico aspecto y trayendo un caballo.

¿Y ese caballo? ¿De dónde lo sacaste?



Los caminos de los dioses son inescrutables para los hombres. Encontré este animal vagando por el bosque sin dueño.



Dudé mucho de los divinos decretos que parecían iluminar de continuo el camino de mi nuevo criado pero no deseaba ahondar en el asunto.

Muy bien. Sujétalo al carro y partamos.

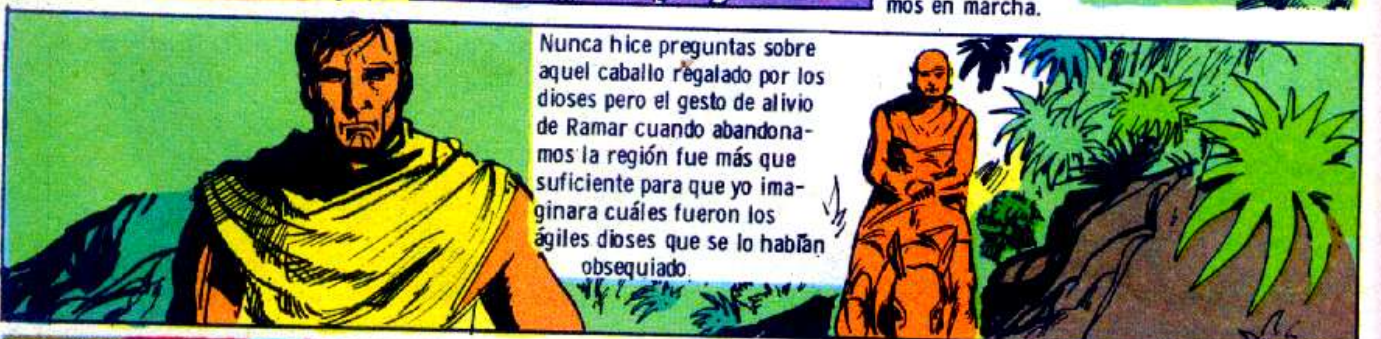
Es lo que te iba a aconsejar, señor. Partamos rápido, lo más rápido posible. Tuve una visión de los dioses que aconsejaban que saliéramos de aquí lo antes posible.



¡Arre!



Ramar no aceptó compartir el carro y me siguió montado en su imposible asno que aseguró era de pura ascendencia divina. No quise discutir los orígenes asnales de Krakomónides (que era el nombre del pollino) y nos pusimos en marcha.



Nunca hice preguntas sobre aquel caballo regalado por los dioses pero el gesto de alivio de Ramar cuando abandonamos la región fue más que suficiente para que yo imaginara cuáles fueron los ágiles dioses que se lo habían obsequiado.



Pero no lamenté su compañía. Tenía numerosos talentos que me agradaron, exceptuando su infatigable charlatanería. Era un óptimo cocinero, barbero, músico, armero y hasta un excelente costurero.

Si fueras mujer y bonita, serías una esposa ideal.



No sabes lo que dices, mi señor. La esposa ideal existe hasta que se convierte realmente en tu esposa. En ese momento terminan las dulzuras y nace el gruñido, los lamentos y el agua hirviendo y los cabellos despeinados; los dioses te libren del matrimonio, señor. Yo lo sé bien pues he estado casado ocho veces.



Así llegamos un día a una pequeña aldea cercana a la zona del primero de los grandes ríos donde termina la influencia de los helenos. Este pueblo tiene un aspecto acogedor, señor. Deben tener un excelente vino y algunas mozas agradables.



Me sorprende que los dioses no te hayan dicho nada al respecto.

Deja que bajen a mi estómago un par de cántaros de buen vino negro y los dioses cantarán sus alabanzas a coro en mi cabeza.



¡Eh, tú, gordinflona! ¡Trae de inmediato vino para mi noble señor y su miserable esclavo que soy yo!



¡Ah! ¡Mi señor Nippur, ya oigo a los dioses cantando sus alegrías y...!



Escucha, simpática tabernera. ¿Qué es ese ruido allí al fondo?

Es un grupo de soldados de la guarnición de la ciudad que juegan a la taba, apuesto viajero.



Vaya... es interesante. ¿Me permitirías ir un momento a mirar?

Ve, pero no te metas en líos.



Quedé allí un instante meditando sobre el final de mi viaje mientras oía los gritos y los denuestos de los soldados. Luego...

¿No deseas nada más, forastero?



¿Cuál es tu nombre?

Hannah.



Más tarde oí el chillido desesperado de Ramar, invocando a todos los dioses de que tenía memoria.

Espera, Hannah, parece que algo ocurre.



Vi a Ramar acorralado en la calle por media docena de hombres furiosos que blandían sus espadas desnudas con intenciones bastante claras.

¡Alto! ¿Qué ocurre allí?



¡Este ladrón ha intentado estafarnos utilizando una tava falsa! ¡Lo desollaremos vivo por ello!

¡No es cierto! ¡Los dioses son testigos!



Este hombre es mi esclavo. Si te ha ganado algo en mala ley, recupéralo. Yo me encargaré de que sufra el castigo pertinente.

Para ello me basto yo solo. Y me llevaré su cabeza como recuerdo.



¡No se lo permitas, noble hijo de los dioses!

¡Cállate, idiota! Y tú, deja ya en paz a mi esclavo. Ya te he dicho lo que puedes hacer.



Apartate, forastero. No me gustaría llevarme dos cabezas en vez de una.



¡Ahhhhh!



Sus compañeros se abalanzaron sobre mí rugiendo como toros. Eran veteranos curtidos y violentos y me aporrearón con ganas. Yo, por mi parte, los tomé a puñetazos con todas mis fuerzas.



¡Ah!



¡Te romperé el cuello!



¡Ah!



¡Ufff!



¡Ahhh!



En ese momento apareció un grupo de hombres armados que llegaron hasta nosotros con gran profusión de insultos y garrotazos.

¡Quietos todos, habo de borrachos!

No hubo tolerancia para nadie y así fue como nos hallamos rápidamente encerrados en un foso cerca de la casa real de la ciudad. Excepto...



(Naturalmente. El maldito se dio a la fuga antes que nadie.)



Pegas muy fuerte. ¿Quién eres?

Soy un viajero. Eso te hubiera debido bastar para que tu conducta fuera mejor con un extraño en tu ciudad.



Debes perdonar, pero nos hallamos muy nerviosos y en cada forastero que llega vemos a un enemigo.

¿A qué se debe eso?



Esperamos de un momento a otro el ataque de los hititas del rey Sinnes, el de la piedad tullida. No hace mucho hubo una discusión por vacas entre dos grupos de guerreros nuestros y de ellos. Hubo muertos y heridos.

A Sinnes, en realidad, sus muertos y heridos le importan menos que el excremento de sus caballos, pero fue una buena excusa para reclamar pago por ellos. Naturalmente, nuestro rey Sivalt se negó; estaba de mal humor, ya que sufre de la enfermedad de los puntos rojos pues sólo tiene catorce años, y ordenó sacar a patadas a los enviados hititas. Eso desencadenó la guerra.



Tenemos pocos hombres y nuestro jefe, al saber que las fuerzas hititas venían hacia acá, recordó repentinamente que debía consultar el oráculo de Ix y se fue allí con todos sus tesoros. ¿Comprendes ahora?



Comprendo. ¿Y qué piensa hacer tu rey?

No sabemos. No tenemos un jefe de guerra.



Ajá. Escúchame bien... A pesar de tu más que regular cara de idiota te tengo confianza. Tengo viejas deudas con los hititas y tal vez mi ayuda te sería beneficiosa a tu joven rey. Trata de conseguirme una entrevista con él.



Creo que los golpes que te hemos dado en la cabeza te han revuelto los sesos. ¿Qué motivo tendría nuestro rey para perder su precioso tiempo contigo?

Pues el motivo podría ser su corona.



He sido general del rey Urukagina de Lagash y del faraón de Egipto. He sido general de Teseo de Atenas y llevo más batallas en mi haber que pulgas tienes tú en tu roñosa cabeza.

Hum.

Veré lo que puedo hacer pero no te doy fe en nada. ¿Cuál es tu nombre?

Nippur. Nippur de Lagash.



¿Tú? ¿Tú eres "el errante"? ¿Por Samás! ¿Y yo te he golpeado?

No me lo recuerdes o te hundiré los pocos dientes que te he dejado sanos.



El rey Sivalt era un crío todavía a quien la corona le traía un sinfín de problemas, el primero de los cuales era el tamaño, pues le iba tan grande que tenía que rellenar el hueco con un trapo para que no se le deslizara hasta el cuello.



Dame el mando de tus hombres y haré lo que mejor pueda.

Son tuyos si es que eres capaz de conseguir que dejen de holgazanear y robar gallinas.



Estoy feliz de conocerte, Nippur. Y espero que me puedas ayudar pues mi jefe repentinamente comenzó a oír llamadas divinas cuando supo que venían los hititas.



La tropa no pasaba de unos dos centenares de viejos y escamados que se limpiaban las narices con los dedos y decían claramente a sus oficiales adónde podían irse cuando estos le daban una orden. No quisé discutir con ellos...

No voy a discutir, chusma de campo. A todo aquel que no obedezca, le rajo la cabeza.



No me costó hacerme entender y al tercer cráneo roto comprendieron que lo que decía era en serio y comenzaron a obedecer. Yo, por mi parte, decidí elaborar un plan de lucha con un grupo de oficiales que resultaron ser los jugadores de taba con los que me liara a puñetazos.

Creo que yo te podría ayudar, mi señor.



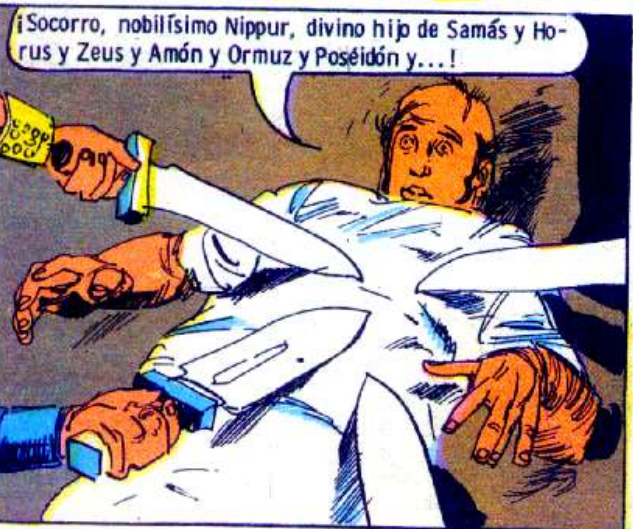
¡Es el fullero!



Los hititas son mil hombres tal vez y expertos. Debemos madurar algún proyecto de lucha contra ellos.



¡Socorro, nobilísimo Nippur, divino hijo de Samás y Horus y Zeus y Amón y Ormuz y Poséidón y...!



Alto. Envainad las espadas. Tal vez Ramar sea un ladrón, pero también es un artista en muchos sentidos, como lo demuestra el hecho de que aún conserve la cabeza sobre los hombros.



Habla, Ramar. Dime cuál es el plan que ideaste.

¡Sí, hijo de los dioses... ¿Sabes? Los hititas tienen un largo trecho que recorrer. ¿Para qué esperarlos aquí? Se podría...

Reconocí aquellas siluetas pesadas y amenazadoras que avanzaban lentamente por entre las rocas con sus luces de lanzas al hombro. La raza de los malditos. Los hijos del filo de bronce.

Veremos si tu plan resulta, Ramar.

¡Ya!

¡Fuerza!

Los habíamos esperado durante dos días en aquella estrecha garganta montañesa. Amontonamos troncos de árboles en lo alto y grandes rocas. Al oír mi voz...

¡Cuidado!

La avalancha los cogió de lleno y muchos de ellos no tuvieron tiempo de esquivarla...

¡Ah!

¡Rápido! ¡Los flecheros!

Durante casi dos horas acribillamos a flechazos a la columna hitita. Expertos guerreros, simplemente se sentaron tapándose con los escudos esperando que se nos acabaran las flechas...



...oportunidad que aproveché para deslizarme con un grupo de hombres y llegar junto a sus carros de vituallas a los cuales prendí fuego.



También rajamos sus odres de agua. Y esa es una región en la cual el agua escasea como la honradez.

Ahora verás, amo. Deja que los hititas sigan avanzando. Más allá de las rocas está la llanura seca y sin agua, pues he hecho secar los pozos que había. Espera un poco.

Los hititas avanzaron tercamente bajo un sol de fuego sin agua y sin comida. Desde lejos los observábamos.

Espera, señor. Ya verás...

Mira que hititas prefieren morir antes que rendirse.

Esa es una frase que todos ellos suelen decir. Nunca he comprendido bien cómo hay tantos que llegan a viejos con tales cantidades de heroísmo.



Luego comenzamos a hallar cascos, escudos, mochilas...

¿ Ves? Cuando un ejército comienza a abandonar cosas así quiere decir que ya está derrotado.



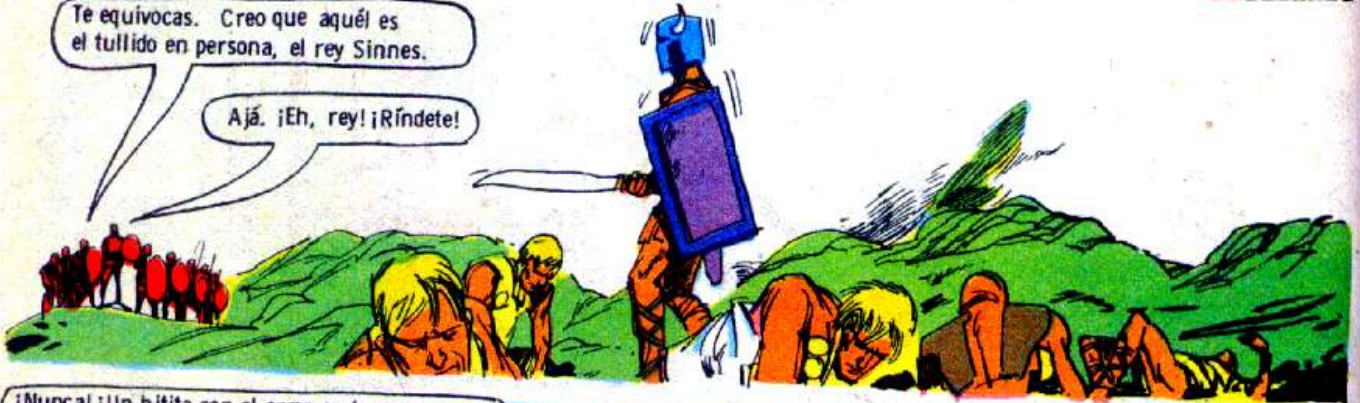
No se equivocó Ramar. Dejamos que los hititas avanzaran durante dos días más por los ardientes arenales antes de surgir a su alrededor.



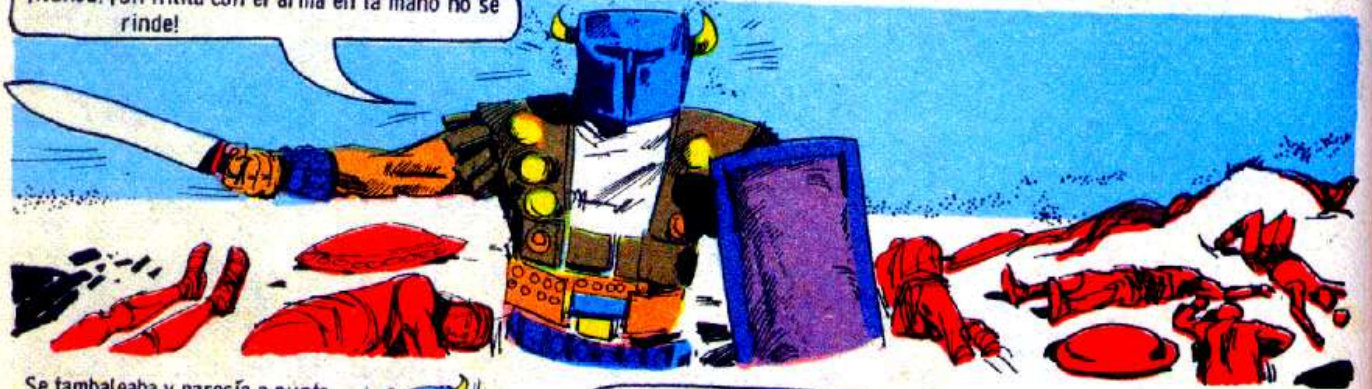
No queda ninguno en pie.

Te equivocas. Creo que aquél es el tullido en persona, el rey Sinnes.

Ajá. ¡Eh, rey! ¡Ríndete!



¡Nunca! ¡Un hitita con el arma en la mano no se rinde!



Se tambaleaba y parecía a punto de caerse. Se volvió hacia sus hombres y gritó:

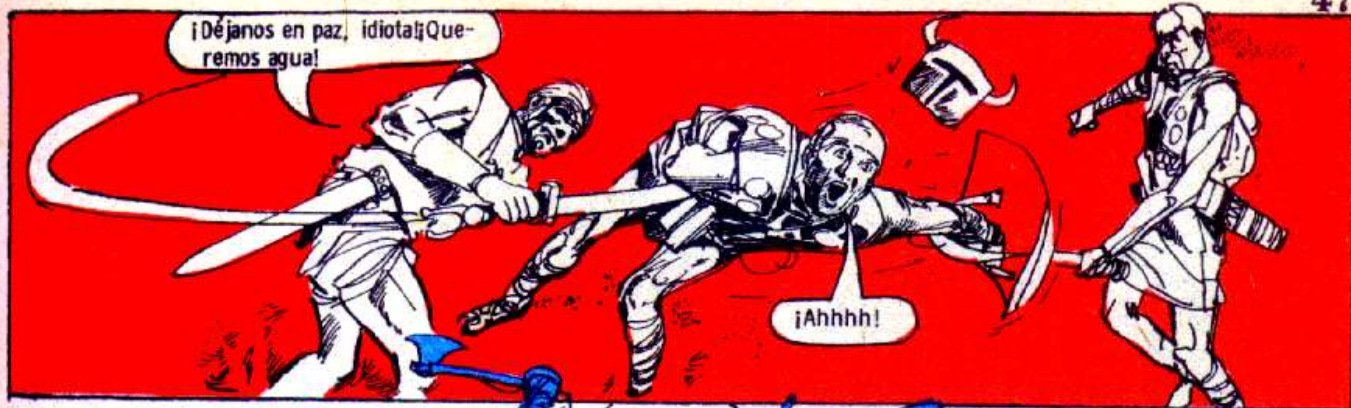
Pero... ellos pueden darnos agua.

¡De pie todos! ¡A luchar!



¿ No me oyes? ¡De pie o los mato a todos! ¡Un hitita no necesita agua! ¡Bebe sangre!





¡Déjanos en paz, idiotas! Queremos agua!

¡Ahhhh!



¡Ahhhh!



¿ Ves, Nippur? ¿ Recuerdas lo que te dije de las divinas voces del estómago? Mira lo importantes que son.



¿ De manera que te quedarás aquí?

Así es, amo. El rey Sivalt necesita un ministro y cree que yo puedo serlo mejor que nadie. Le he prometido robarle poco... Además...



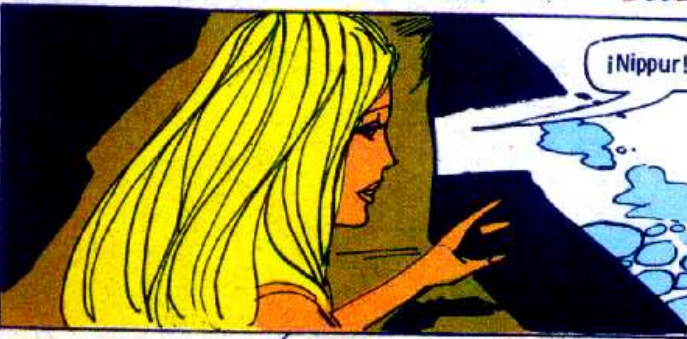
... además la simpática dueña de la taberna me mira con ojos de vaca desde que llegué y he pensado que si me he casado ocho veces podría hacerlo una novena. ¿ No crees? Después de todo, amo, siempre llego a la conclusión de que los designios de los dioses son inescrutables.



No repitas eso o te tiro a una fuente.

¿ Y tú, amo? ¿ Qué harás?

¿ Yo? Seguiré viaje.



¡ Nippur!



Bueno... no enseguida... Tal vez me demore un poco aún por aquí...

Oh, amo, los designios de los dioses son...



Amo..., esto ha estado mal...



Fin

NIPPUR DE LAGASH

LA JUSTICIA DE JANIPO

Por ROBIN WOOD

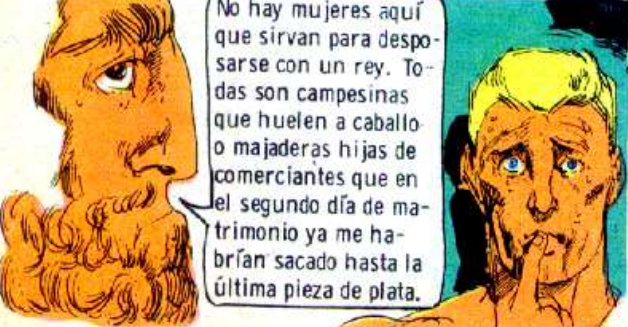


Por el camino marchaban pequeños grupos de gente, campesinos, pastores, comerciantes, todos en grupos silenciosos y duros, con una dureza única y transparente de gentes que comparten un sentimiento que consideran suyo, que los asusta, pero que también los atrae, los fascina, penetra en su médula y luego se niega a ser expulsado.



"Tendré que hablarte de Janipo, el rey de toda la región, el jefe de armas. Un hombre fuerte y valeroso, un poco tonto como muchos valientes, y honesto."





"Puedes imaginar, forastero, la expresión de estupor de Xiromantes, inexperto jovenzuelo en cuyo mundo las mujeres eran algo apenas entrevisto a la distancia y mucho menos interesante que una lanza."



Deja de balbucear, Xiromantes, que me pones frenético y escucha. Todo lo que deberás hacer es buscar una mujer hermosa y de porte y ofrecerle mi mano. También llevarás regalos y...



Partieron pues, como te dije, los enviados del rey: Xiromantes, sudando como un animal dentro de sus arreos militares y el flaco Heres que es famoso por muchas cosas que no vienen al caso ahora. Llevaban criados, caballos y regalos de oro y plata."





"Nunca pedí mucho de los dioses, excepto cuando solicité que el techo de la casa de mi vecino Acio se derrumbara sobre su estúpida cabeza después que mató por error a uno de mis cerdos, pero juro por mi honestidad que hubiera pagado cualquier precio por ver a Xiromantes buscando mujer para su rey."

Parece algo gorda, ¿no?

¿Parece? Hundiría la galera real si subiera a bordo.



¿Será muy delgada?

¡Ja! El rey tendría una esposa a la cual jamás vería de perfil.



"Hubo otras aventuras en la cual, Xiromantes descubrió ciertos detalles de su persona que ignoraba."

¡Bésame, hermoso soldado! ¡Bésame!

¡Espera! ¡Es mi rey quien...!



Si al menos se te fuera ese espantoso olor a perfume de mujer, todo sería más fácil. ¡Puf!



Veamos... ¿Adónde iremos ahora?

Pues... podemos llegar hasta Truno, cerca de los grandes farallones.



¿Quién es rey allí?

Ese vejete insoportable de Lucumo, si es que aún vive.



Allá está la ciudad. ¿Qué te parece?

¡Es tan chica como la nuestra! ¡Allí no encontraremos mujer para...!



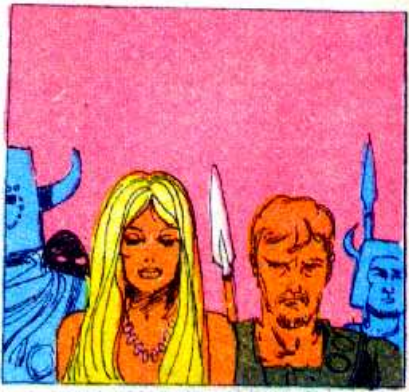
Mira. Una patrulla de soldados se acerca.

¡Sí. Y viene un verdugo con ellos.



Heres... mira entre los soldados.

Ya veo.



Esa. ¡Esa es una mujer para un trono!

¡Espera!



¡Alto! ¿Quiénes sois vosotros?



Soy Cinco, jefe de cien de la ciudad de Truno y estoy cumpliendo una misión del rey Tanaros.



¿Tanaros? Pero... yo creí que el rey era Lucumo.



"El oficial se mostró algo incómodo y removió los pies. Y por fin..."

Verás... Lucumo sufrió un accidente... Mientras miraba desde una torre tropezó y... y era muy alta...



Ahá. Comprendo. ¿Y luego?

Pues... Tanaros, jefe de mil, oyó rumores de una rebelión que se preparaba y se apoderó del trono, temporalmente, por supuesto.



¿Y esta joven?

Es la nieta de Lucumo. Para evitar que nadie atente contra su vida la alejamos de la ciudad rumbo a un refugio seguro.



Ahá. ¿Y para eso llevas un verdugo? ¿Me crees tonto?

Mide tus palabras.



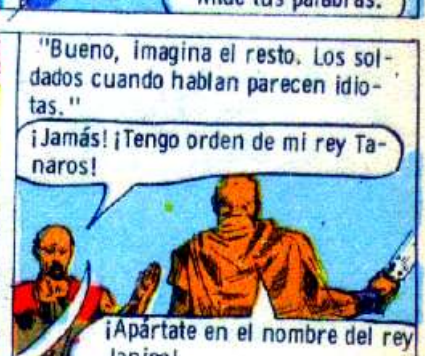
Lucumo tenía un tratado de paz firmado con mi señor Janipo. Por lo tanto es mi obligación defender a la hija de su hijo.

Espera...



"Como comprenderás, esto no era más que una excusa porque no hay rey que no sea aliado de todos los demás, sin que eso lo prive del derecho de rajarles la cabeza más tarde. Pero Xiromantes necesitaba una excusa."

Por lo tanto, ¡Soltadla ya!



"Bueno, imagina el resto. Los soldados cuando hablan parecen idiotas."

¡Jamás! Tengo orden de mi rey Tanaros!

¡Apártate en el nombre del rey Janipo!



¡Fuera!

"Y rey va, rey viene, el caso es que Xiromantes, que era un mozo muy corpulento, la emprendió a espadas contra todos!"



¡No me obligues a matarte!



¡Descuida! ¡No te obligaré!



¡No corras, cobarde! ¡Muere como un hombre!

¡Más cobarde eres tú!



"Xiromantes entró de esta manera en Truno, pisándole los talones al desdichado Cinco que se las vio negras para no ser degollado. De pronto se halló de pie en la plaza del mercado rodeado del pueblo curioso."

Pero...



¡Pueblo de Truno, he oído con sorpresa que vuestro viejo rey ha sido asesinado y que habéis permitido eso sin un gesto de reprobación!



Bueno... Estaba muy viejo ya.

Sí. No hacía mucha diferencia.



¿No? Hace pocos instantes he salvado de la muerte a vuestra señora, su nieta. ¿Comprendéis eso? ¡Iba a ser asesinada! ¿Qué decís a eso?



¡Muerte a Tanaros!



¡Al palacio! ¡A Tanaros!



¿Quién...? ¿Quién es...?



¡La justicia que te alcanza, Tanaros!



"La justicia, y por lo menos Xiromantes debió apelar a sus piernas con ganas porque Tanaros corrió como una liebre hasta quedar acorralado en una torre."
-¡No me mates! ¡Mi sangre no te es necesaria!



¡No!



¡Ahhh!



"Y esa fue la manera. (St. Un poco más de vino.) La manera como Xiromantes repuso a Arsinoe en el trono de su abuelo. Arsinoe era la joven. Luego cuando ésta, ruborosa y feliz, le preguntó qué recompensa solicitaba, el insignie y leal imbécil repuso:"

Tu mano, señora.



Es tuya si la quieres, noble Xiromantes. Nadie tendría más derecho que...

¡Oh, no! ¡No es para mí! Es para mi rey Janipo.



"¿Tú entiendes algo de mujeres? Arsinoe lloró durante cuatro días hasta que todos en el palacio estuvieron sordos y de pronto un día dijo:"

Acepto, Xiromantes. Me casaré con tu rey.

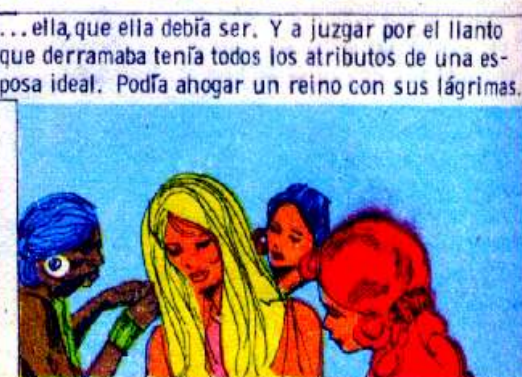


"Luego lloró algunos días más, y arrojó algunas bandejas de plata a la cabeza de Xiromantes sin explicaciones y juntos volvieron al palacio de Janipo que se mostró encantado."

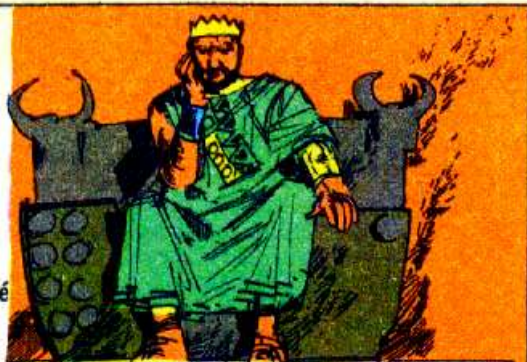
¡Eres más hermosa de lo que podía pedir! ¡Xiromantes ha cumplido como el mejor!



"Xiromantes perdió el apetito y se puso tan insoportable como un asno sordo. Comenzó a deshojar flores en los jardines y hasta se olvidó de afilar su espada. Vagaba de aquí para allá, suspirando y tropezando con todos los guijarros del suelo y empeorando a medida que el día de la boda se acercaba."



Y Janipo sentado en su trono tenía la cara exacta que se puede esperar de un hombre que encontró a su prometida besándose con otro. ¿Qué habría elegido? ¿El hacha? ¿La horca?



En ese momento sonaron las trompetas y todos enmudecieron...



Ven.



¡Adiós, amada mía!

¡Xiomantes!



Lo hicieron pararse en el centro de la plaza.

Agáchate ahora.

¿Qué? ¡El guerrero muere con la espada derecha!



¡Agáchate, maldito seas!

En el silencio total que siguió todos volvimos la cabeza en dirección al ruido repentino. Janipo se había puesto de pie.



Descendió los escalones con lentitud y rostro sombrío.





Lo va a ejecutar él mismo.



Se acercó al inclinado Xiro-
mantes poco a poco. Sus
sandalias resonaban sobre
las piedras...



Por fin se detuvo. En el silencio total que
reinaba sólo se oían los sollozos de Arsi-
noe. Un perro aulló tristemente.

Y de pronto...



Sentencia cumplida.



¡Y tú deja de llorar de una mal-
dita vez que estoy harto de oírte!
¡Ahí lo tienes, llévatelo de una
buena vez! ¡Ufff!



Pero...



Bueno... Cálmate. Ahora todos esta-
remos contentos...

Una gran carcajada
retumbó en la plaza
y yo mismo me en-
contré riendo hasta
salírseme las lágrimas mientras el do-
lorido Xiro-
mantes caminaba con dificul-
tad hacia su flaman-
te prometida y su rey.



¿Qué te ha parecido la justicia de nuestro rey,
forastero?

Tu rey tiene más sabi-
duría en un pie que
muchos otros en su
cerebro.

El rey se llamaba Janipo. Decidí recordar
su nombre. Vosotros que escucháis esta
historia no lo olvidéis tampoco. Me ense-
ñó algo.



NIPPUR de LAGASH

EL CARRO DE ESTRELLAS

Por ROBIN WOOD



Me hallaba a orillas de uno de los dos grandes ríos que abrazan las regiones donde el cultivo es fácil. Había llegado a las cercanías de la ciudad de Nippur.



—St. Nippur. Es la ciudad que me dio el nombre. Mis padres nacieron allí aunque cuando yo vi la luz hacía ya muchos años que vivían en Lagash, la de las blancas murallas. En su nostalgia y recuerdo por la vieja ciudad me dieron su nombre.



Mi nombre. Nippur, el hombre de Lagash. Ese soy yo, Nippur el errante, el que a ninguna parte va y que de ninguna parte viene. Nippur, el nadie, el nada.



(Bebe.)



(El cielo está limpio. Azul y puro. Una nube. Una maravillosa nube suelta y sola en el cielo. Tan sola como yo.)



(¿Y ése? Alguien viene hacia acá...)



(Es un joven...)



Desde lejos pudo distinguir su cabeza afeitada y reluciente de ungüentos y su túnica de lana tejida, sucia de barro en el borde inferior.

(Es un sacerdote...)



(St... Es un sacerdote y parece huir de algo.)



Los hombres aparecieron a sus espaldas. No pude distinguirlos muy bien en la distancia pero pude ver brillos de metal en sus manos.

(Muerte. Quieren matar.)



No me gusta la caza del hombre. Yo he sido cazado muchas veces y reacciono mal ante los aullidos de la turba.

(Esperad. Ahí voy yo.)

Corrí despacio. Sólo el guerrero inexperto corre hasta que los pulmones estallan. El veterano lo hace con cadencia, dosificando las energías. Es siempre mejor que el enemigo venga hacia nosotros y que sea él quien se cansa.



¡Eh, tú, fugitivo!



Debió creer que era uno de sus perseguidores cuando me vio surgir ante él. Vi el terror reflejado en su rostro juvenil, pues joven era.

¡No! ¡Por Enlil!



Cálmate... Soy amigo. Ponte detrás mío.

Peor...



No me hagas hablar tanto. Tus enemigos se acercan.

Está bien.*



Es extraño el efecto que producen el camino y el desierto en mí. Cuando llego a los sitios poblados, los hombres me parecen muy pequeños y débiles. Años de combate, años de remo, me han hecho grandes las espaldas y las manos. Miles de soles me han quemado la piel.

Allí llegan...



Se detuvieron casi frente a mí. Veían al sacerdote a mis espaldas pero también veían mi enorme espada y veían mi protección.



¿Eres amigo del sacerdote?

No, pero lo protejo.



Tenemos orden de gente muy alta de castigarlo por sus crímenes. Es un hereje y un falsario.



Fuertes palabras y muy brumosas. Nada me dicen excepto que este hombre está solo y vosotros sois muchos. Volved a Nipur y decid a quien os envió que un sacerdote no puede ser muerto como un animal silvestre.



¿Y quién le diremos que envía ese mensaje?





Dile que es Nippur, el hombre de Lagash quien lo envía.

Al instante se echaron atrás. Nombre conocido es el mío en Sumeria y el Elam, aunque soy casi proscripito y casi fugitivo en todas partes. Una espada es más elocuente que muchas lenguas.



Yo soy.

¿Tú eres el de Lagash?



Un hombre surgió desde el fondo del grupo. Era el hombre seguro de sí mismo que hay en todo grupo. Llevaba una lanza y tenía un deseo que yo conozco muy bien en los ojos.

El sacerdote viene con nosotros.



No.



¡Muere, entonces!



El primer golpe se asesta de derecha a izquierda y la lanza se saja como una vara de mimbre.



¡Ahhhh...!



Pero vuelve roja de sangre...

El sacerdote queda conmigo.

¡Tú, el de la cara de tonto! Llévate a este hombre y entrégalo a quien corresponda. Luego dile al que te envió lo que ya te he dicho antes. ¡Rápido!

Sí... Sí, señor.

Luego la espada gira como una hoz que siega de izquierda a derecha y vuelve a su posición original.



Tú, sacerdote. Ven conmigo.



Era tan joven como yo lo imaginé al verlo y parecía asustado y cansado. Fuimos hasta mi carro que despertó en él gran admiración pues los sumerios no han visto muchos carros ni caballos en su país. Dijo llamarse Hemiddu.

Mi nombre es Hemiddu, sacerdote de Enlil.

¿ Por qué te perseguían esos hombres ?

Tenían órdenes del gran sacerdote de Nippur. Soy un hombre condenado a muerte.

¿ Por qué?

No hay rey en Nippur, como sabrás. El sacerdote es el jefe militar y religioso de la ciudad. El es quien en tiempos de guerra dirige el pueblo y en tiempos de paz le da la ley.

Entré en querrela con el tesorero del templo pues descubrí que robaba parte de los regalos que los fieles hacían al templo. Tú sabes lo que es eso. Una pieza de oro hoy. Una pieza de plata mañana.

Sí, es lo habitual.

Tal vez lo sea. Tal vez yo soy demasiado joven, no lo sé. El caso es que lo denuncié al sumo sacerdote. El me ordenó que no volviera a repetir esa acusación bajo severa pena.

¿ Aceptaste la orden?

Enrojeció hasta el cuello y me sentí conmovido. Era tan joven, tan terrible y magníficamente joven y creía de tal modo en la justicia y en la honradez que daban deseos de protegerlo o de golpearlo con un palo.

No. Fui al templo y protesté ante los ancianos sacerdotes. Ellos me escucharon.

Hubo una verdadera conmoción. Los ancianos llamaron a juicio al tesorero para hoy y yo debía presentarme como testigo.

¿ En qué momento del día?

A la mitad de la mañana. Salí a orar al desierto y entonces fue cuando estos hombres aparecieron ante mí. Tuve miedo y huí...

Prudente medida. ¿ Qué harás ahora?

Prometí estar en la plaza cuando se efectúe el juicio. Mi testimonio hace falta. Allí estaré.

Ah. ¿ Sabes que es probable que no llegues con vida? ¿ Y sabes que si no asistes es seguro que el tesorero te obsequiaría con collares de oro?

El hombre con mucho oro, duerme mal. El hombre justo duerme bien. No soy más que un jovencuelo sin experiencia pero distingo lo bueno de lo malo. ¿ Por qué elegiré la maldad que nunca da un fruto agradable?

Hum... Tal vez seas un joven pero creo que muchos viejos deberían oírte hablar.



Y ahora espera. Voy a uncir los caballos al carro y te llevaré hasta la ciudad.

¿ A mí?



¡Te arriesgas! ¡Puede sucederte algo malo por acompañarme! ¿ Por qué lo haces?

Por lo que me dijiste antes, Hemiddu. Sabiendo lo que es bueno y lo que es malo, ¿ por qué elegir lo malo?



Nippur no había cambiado mucho desde la última vez que yo la viera hacía de ello casi diez años. Sus calles arenosas, sus cuadradas casas blancas, su gente pausada y morena, todo ello me pareció tan familiar que por un momento retrocedí en mi vida.

(Allí está la plaza.)



¿ Toda esa gente espera por ti, Hemiddu?

Creo que sí. Y creo que se me trabará la lengua si tengo que hablar ante ellos.

Entonces vi al grupo apartado de la multitud. Eran los que persiguieran al joven sacerdote y rodeaban a un hombre de alta estatura.



¿Quién es aquél? El de la túnica negra...



Balaim, el tesorero. El hombre llamado a juicio.

Lo observé con atención y decidí que era hombre de temer. Alto y fuerte, con más de asirio que de sumerio, anchas mandíbulas y ojos fríos y quietos aunque con algo de perro rabioso alentando en el fondo de ellos.



Es peligroso.

Se dice que fue hombre de arma en tiempos anteriores. Incluso hoy en día, su diversión es luchar con espadas de madera con sus amigos. A veces los lastima mucho.

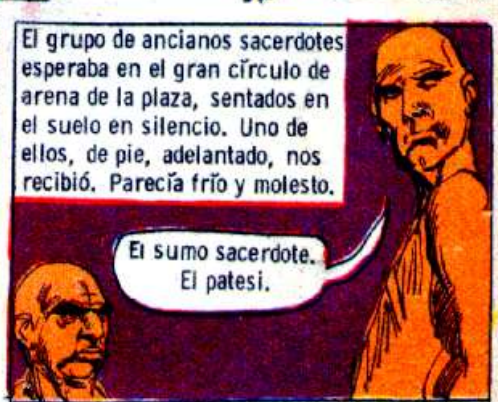


Me extraña que eso le baste. Tiene ojos de fiera. El olor de la sangre lo debe enloquecer.



Y no hace mucho que la había olfateado.

No.



El grupo de ancianos sacerdotes esperaba en el gran círculo de arena de la plaza, sentados en el suelo en silencio. Uno de ellos, de pie, adelantado, nos recibió. Parecía frío y molesto.

El sumo sacerdote. El patesi.



Llegas tarde, Hemiddu. He querido cerrar el juicio y sólo la tozudez de los ancianos lo ha impedido.

Lo siento...

¿Y este hombre? ¿Quién es? ¿Cómo traes aquí a un hombre ajeno a la ciudad?



Espera, patesí. Que ese hombre se acerque.



Caminé hacia el anciano, apenas una pequeña momia viviente con ojos increíblemente vivaces. Al llegar junto a él me detuve.

Arrodíllate junto a mí. Quiero verte.



Así lo hice y sus ojos antiguos me observaron con atención; luego sorprendentemente hundió el dedo en la arena y con ella trazó algunos signos sobre mi hombro.

Anoche miré las estrellas, mientras pensaba en este problema amargo... y entonces vi que había estrellas que se unían y formaban algo, un signo.



Busqué la forma... la esencia del signo hasta que la hallé: el signo era un carro.



Me sonrió lentamente, con su carita gris partiéndose en mil pequeñas arrugas mientras lo hacía. No supe qué decirle. A mis espaldas, mi carro estaba detenido bajo el sol, chispeando sus partes de bronce.

No, pero eres más viejo que cualquiera de nosotros. El dolor envejece rápido.



Y ahora comencemos el juicio. Que se acerquen los litigantes. Hemiddu y Balaim con los espíritus limpios y dispuestos a decir tan sólo la verdad.



Bienvenido seas a nosotros, Nippur de Lagash. Siéntate junto a nosotros y ayúdanos con tu inteligencia en este juicio.

No soy un anciano.

Habla tú primero, Hemiddu. ¿De qué acusas a Balaim?



De robo, anciano. De robo al templo. De robo al dios. El más inicuo de los robos. Además, el robo acostumbrado, hecho ya sin recato y sin disimulo.

¡Es mentira! ¡Y además otra cosa! El ladrón acusa para no ser acusado. Cuando supe la extraña conducta de Hemiddu revisé su celda. ¿Y sabéis lo que hallé?





Un rumor sorprendido corrió entre la muchedumbre y un coro de excitados comentarios estalló en todas partes. Hemiddu, pálido y sorprendido, dio un paso adelante.



¡No! ¡No es cierto!



¡Sí que lo es! ¡Aquí están las pruebas! ¡Envueltas en tu manto!



Veo que será difícil dirimir este juicio. Ven, Hemiddu. Arrodíllate ante mí, mírame a los ojos y dime si eres inocente o culpable.



Soy inocente.

Durante un largo instante, el anciano no despegó sus ojos de los ojos de Hemiddu, buceando en ellos. Por fin suspiró.



Levántate. Ven tú, ahora, Balaim...

¡Ya he dicho que...!

Balaim se impacientaba. Su carácter violento se desbocaba. Intentaba calmarse pero el fuego volcánico que lo consumía lo hacía sudar, remover los pies, caminar de aquí para allá, rascarse los músculos.



Ven y mírame en los ojos y dime si eres inocente o culpable.



Se arrodilló ante el anciano como un buey que se tiende, inquieto, alerta, nervioso. Sus ojos, de córnea enrojecida, miraban huidizos.

Ya te he dicho que soy inocente...



¿Lo eres?

¡Sí! ¡Lo soy!



El anciano lo contempló durante largo rato. La inquietud de Balaim crecía cada vez más y todo su cuerpo era un continuo removerse. Por fin, el anciano suspiró con tristeza.

Eres culpable.



¿Dejarías?

No.

Tienes los ojos sucios. Tienes la culpa en ellos. Nada hay que pueda hacer por ti. Eres culpable ante Enlil, el dios que juraste servir, y ante la ciudad que te cobijó.



¡Estás loco! ¡No puedes acusarme sin saber!

Yo no te acuso. Tú te acusas.

Balaim recorrió con los ojos los rostros que lo rodeaban. Una expresión de animal acorralado florecía en su semblante.



(Está perdida su causa. Ahora ya lo sabe.)



(Y ahora comenzará a dejar de ser zorro y se volverá jabalí furioso.)

En ese momento, Balaim se volvió hacia el patesi.



Tú, ¿qué dices a esto?

¿Yo? Nada. ¿Qué quieres que diga? Esto no me concierne.



¡Ah! ¿De manera que me dejas librado a mi suerte? ¿Nada puedes decir en mi defensa?

¿Por qué tendría que decirlo?



Muy bien. ¡Escucha, anciano! ¡Lo que dijo el joven sacerdote es verdad! ¡He robado al templo durante años! ¡Pero no solo!



¡Cuando el patesi me ofreció el puesto de tesorero sugirió que lleváramos a cabo juntos la rapiña! ¡Durante todos estos años él se ha quedado con la mitad de lo que yo obtenía!



Y ahora que me ve acorralado intenta abandonarme.

¡Mentira! ¡Asirio ladrón!



¿Me insultas, también? ¡Ahora verás!



Vi relampaguear el cuchillo en sus manos. Nadie tuvo tiempo de hacer nada...

¡Toma!



El patesi quedó inmóvil en su sitio, helado como si su carne se hubiera vuelto piedra. Luego bajó los ojos con gesto atónito y los detuvo en el mango del cuchillo que sobresalía de su pecho.



Luego cayó sin un grito. Sin nada.



¡Asesino!



Otro cuchillo relampagueó en sus manos y se volvió hacia mí. Debajo de sus ropas había venido armado. Parecía satisfecho de poder dejar de lado el disfraz y dar rienda suelta a toda su violencia.

Ahora te mataré a ti.



Lo siento, tesorero.



Sentí su grito de fiera. Su piel apesta-ba a locura y a filo de cuchillo. Me eché a un lado.

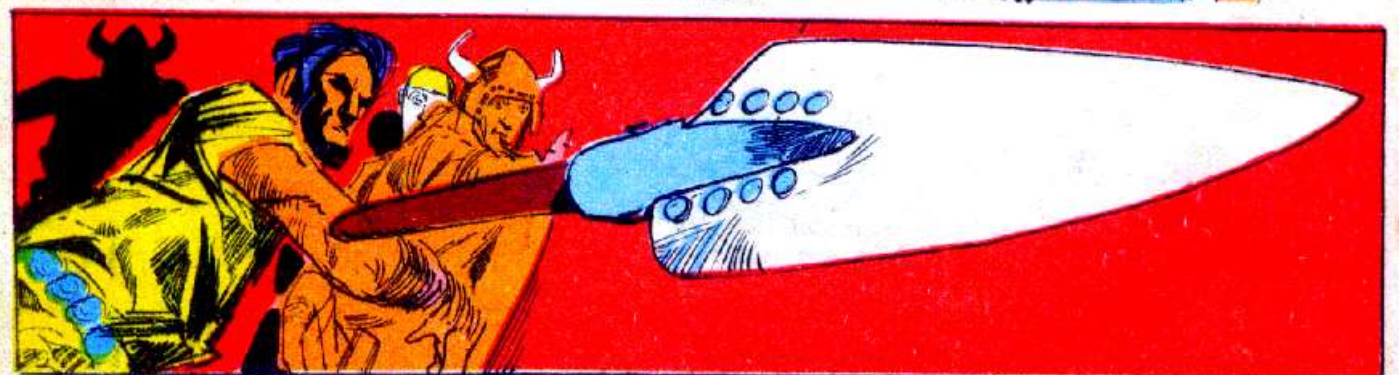


Retrocedí hasta, mi carro con paso lento, mientras Balaim avanzaba con las espaldas curvas, ciego, sordo, loco.

Empuñé una de mis lanzas y me volví hacia él. El brillo de bronce era rojizo. La cara de Balaim era también roja e hinchada.

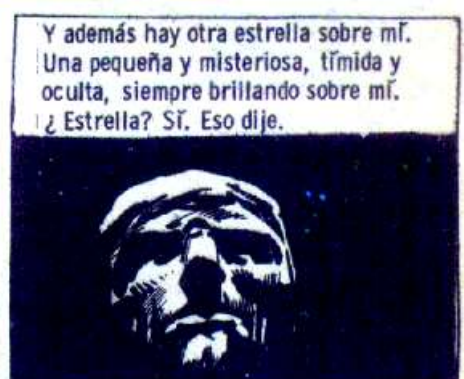


Lo siento.





Un atardecer abandoné la ciudad de Nippur que una vez, años atrás, dio su nombre a un niño que es hoy ese hombre amargo que saluda desde un carro. Ese hombre que soy yo. Un hombre mitad lanza y mitad adiós.



EL ENVIADO

Por ROBIN WOOD

Silencio es lo que siento en mis oídos. Sí. Silencio. Esa extraña clase de silencio hecha de rumores que nada significan al instante, ya sea el susurro del viento entre el ramaje de un árbol, o el canto de un pájaro fingiendo ser cristal contra el oro del sol. A veces, desde las altas montañas oía el retumbar de una roca cayendo.

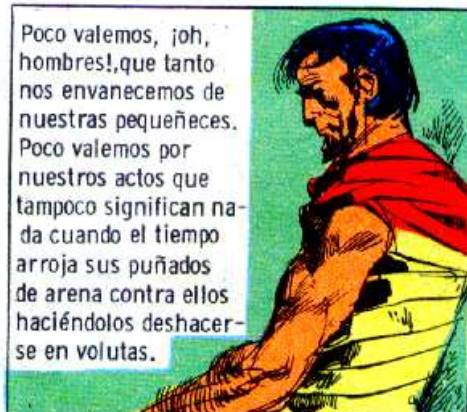


DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

Yo soy Nippur de Lagash, hombre que ha visto mucho, mucho y que por ello mismo no ignora su poco valor y su gran valor. ¿Suena esto como contrasentido? No lo es.



Poco valemos, ¡oh, hombres!, que tanto nos envanecemos de nuestras pequeñeces. Poco valemos por nuestros actos que tampoco significan nada cuando el tiempo arroja sus puñados de arena contra ellos haciéndolos deshacerse en volutas.



Válemos, eso sí, por el soplo divino que llevamos adentro. Por alguna fuerza insuflada desde el más allá, desde la región sin llanuras ni fronteras donde los dioses moran. Valemos como hombres por algo de Dios que tenemos.



En un arroyo me detuve y revisé mis heridas, la mayoría de las cuales ya habían cicatrizado. Las quemaduras en mis hombros tardarían aún un cierto tiempo.



(Pero curarán... Quedarán marcas, eso sí, pero de todas maneras tengo tantas ya...)



(Tantas... Eso fue lo que me dijo Kirmos cuando me vio el torso... Mapa de las guerras lo llamó...)

(Kirmos... Y no hace aún sesenta días de ello...)



Hacen falta casi trescientos días para gestar el nacimiento de una vida y sin embargo bastan menos de veinte para olvidar el final de otras. Extraño animal el hombre.)



(Nada imaginaba yo el día que con mi carro me interné en las montañas de Bairin, cerca del Elam.)



Marchaba con sumo cuidado, pues marchaba en territorio bajo la influencia de mi terrible enemigo, Luggal-Zaggizi, el usurpador que ocupaba el trono de mi ciudad natal, Lagash, la de las blancas murallas.

Desde el día en que por la traición y la sangre se hicieron con el trono, el miserable había agotado los medios para acabar con mi vida pero todos habían fracasado. De todas maneras siempre intenté mantenerme alejado de él y en esta ocasión, al verme obligado a pasar cerca de sus territorios extremaba las precauciones.



Por ello vi volar al buitre.



(Ese buitre ha sido espantado por algo o alguien.)



Saqué de su rígida funda de cuero duro mi corta lanza de combate. No la larga con la que me enfrento con los jinetes, sino la breve, con el extremo inferior forrado en bronce, que puede ser utilizada asimismo como maza.



(Hay alguien escondido...)

(Y si está escondido es por algo. Algo de lo cual yo debo precaverme.)



Avancé con lentitud. No tenía miedo. Había luchado muchas veces con bandidos y salteadores de caminos y sus osamentas debían estar blanqueándose al sol aún.



(Al doblar el recodo veré que...)

Los vi.



Pero...

No eran bandidos sino soldados, casi una cincuentena de ellos bloqueando el camino.



¡Alto!

No retrocedí. He sido amo y señor de más de una veintena de ejércitos y el chillido de un oficial no es algo que me impresione.



¿Qué significa esto?

Menos preguntas. Apéate del carro.





¿No me oyes? ¡Bájate te he dicho!

No me gustaron sus modales ni su voz gritona ni el velado desprecio con que sus hombres lo miraban. El oficial de un grupo de soldados puede ser querido u odiado, o ninguna de las dos cosas, pero respetado siempre.



No.



¿Te atreves a desobedecer a Foros? ¡Te...!



Pero...



Quieto, imbécil gritón, o te dejaré aquí clavado contra el suelo. No debes tratar de ser más hombre de lo que eres. El perro por más que gruña nunca será tigre.



Sentí un trallazo cerca mío pero antes de que pudiera reaccionar...

¡Ah!



No te muevas, forastero. Podría sacarte los ojos con mi látigo antes de que tuvieras tiempo de decir nada, pero no es ésa nuestra misión.



Haz lo que te digo.

Era Kirmos. Aún no conocía su nombre, pero esto no tardaría. Hombre con belleza de dios, joven y fuerte como un león, sonreía contagiosamente mientras su látigo de cuero e hilos de cobre se mantenía alerta.



Ahora sí los soldados se movieron. La voz de Kirmos los conmovió como la nota de un clarín. Me desarmaron con rapidez.

¿Lo atamos, señor?



No. No hace falta, Creo que el forastero es lo suficientemente inteligente como para saber que no puede huir.







Un ladrón y asesino.



Olisqueó el vino y con un gesto astuto espía la entrada y al no ver a nadie.



¡Ah! ¡Los dioses te bendigan!

No tardó el vino en soltarle la lengua.

¿El condenado? ¡Ja! ¡Ese hombre cuyo nombre es Malik debe ser un gran mago!



¿Por qué?

Eructó y me guiñó un ojo con gesto cómplice.

¿No llamarías mago a un hombre que roba y mata estando a un día de viaje del pueblo?



No entiendo.



Entonces eres tonto. El asunto es sencillo. Alguien deseaba sacar del medio a Malik. Encontraron a un hombre muerto de una cuchillada. El cuchillo era el de Malik. Este, al ser capturado juró que era inocente...., pero todos dicen lo mismo.



¿Por qué querría alguien sacar del medio a Malik? ¿Tiene fortuna?

No.



No tiene fortuna, pero tiene una esposa que enloquece a todo aquel que la ve. Eso es lo que alguien está buscando.



¿Y quién puede ser ese alguien?



Hipó sonoramente y pareció despertar de su sopor. Me miró casi asustado.

He hablado mucho. El vino hace decir tonterías.



(De manera que es eso. Por ello todo el pueblo está escondido. Todos saben de lo que se trata y nadie quiere intervenir.)



(Y soy yo quien fue puesto en ese camino por la moira, por el destino.)



scuridad llegó sin que yo me diera cuenta y una silueta se recortó frente a mí.

Levántate, hombre de Lagash.



¿Qué ocurre?

Es la hora.

La plaza, horas antes loca de sol, estaba ahora fría y oscura a pesar de las hogueras. Confusamente sentía ahora a la multitud apretada, observando.

Adelante.



Eres el enviado de los dioses para dar el castigo a un asesino. Cumple pues con tu misión.



Toma.

Contemplé un momento la hoja que se teñía de rojo con el reflejo de las hogueras.



No. Los dioses no me enviaron aquí para cometer un crimen.



¡Hazlo!

STSSSH

SHASHH



SHASHH!!

¡Ah!

STSSSH





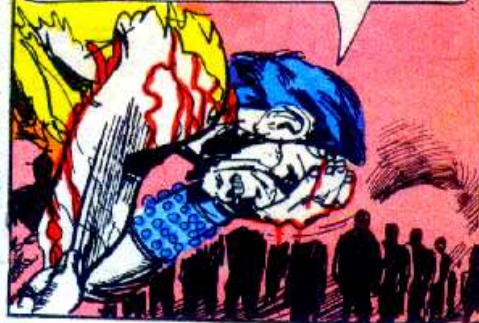
No.

Entonces parecieron volverse locos y me golpearon a diestro y siniestro pero ya no sentía el dolor.



No sé cuánto tiempo siguió esto, pero de pronto advertí que en el horizonte brotaba una luz rosada. El nuevo día nacía.

No... no lo he hecho... Nunca lo haré...



Entonces se adelantaron los soldados. Tenían un aire formidable y sombrío cuando me rodearon. Un veterano canoso habló.



Por lo tanto te exigimos la libertad de Malik y la de este hombre que debe ser sin duda enviado por los dioses, pues su fuerza no es humana.



El patesi miró a su alrededor desorientado. Los soldados lo enfrentaron a la multitud, que, tras oír esas palabras, comenzó a vociferar.

¡Es verdad! ¡Libera a Malik!



¡El enviado del dios lo halló inocente!

El rugido aumentaba. Por fin...

Está bien. Será liberado.



En ese instante me desmayé con los oídos llenos de la ovación de la multitud.



Tardé casi dos meses en ponerme de pie otra vez y subir a mi carro. Malik y su hermosa mujer me cuidaron durante todo ese tiempo y fueron ellos los que me despidieron.

No sé qué decirte...

No digas nada. Las palabras me incomodan.



Adiós.



(Adiós. El misterio queda allí...)



Salve, Nippur...

Salve, Kirmos. ¿Me esperabas?



Ah. ¿Cómo está tu cuerpo? Tu torso es ya un mapa de las guerras, viejo amigo.

Los latigazos han curado bien.





¡Sí, las quemaduras tardarán un poco más...

¿Para qué me esperabas?



Para matarte, creo.



No puedo evitarlo. Me reí.

Así que eras tú. Tú, el que mató y cargó la culpa a Malik. Tú, el que trató de ganar una mujer sobre la sangre de su marido.



¿Qué sabes tú del hechizo de unos ojos de mujer? Por tu culpa todo salió mal. Por eso es que...



¡Toma!



El látigo se enrolló como una serpiente en mi brazo pero en vez de esquivarlo lo dejé hacer y entonces lo sujeté con fuerza y...

¡Arre!



¡No!



¡Nooooo!



Por fin detuve el carro y solté el látigo. No miré aquel despojo sangriento. Sólo dejé caer el látigo y tomé nuevamente las riendas.



(Es extraño, pero todo fue verdad. La sangre de su crimen cayó sobre su cabeza... El me llamó enviado de los dioses para castigar el crimen... y yo lo maté...)



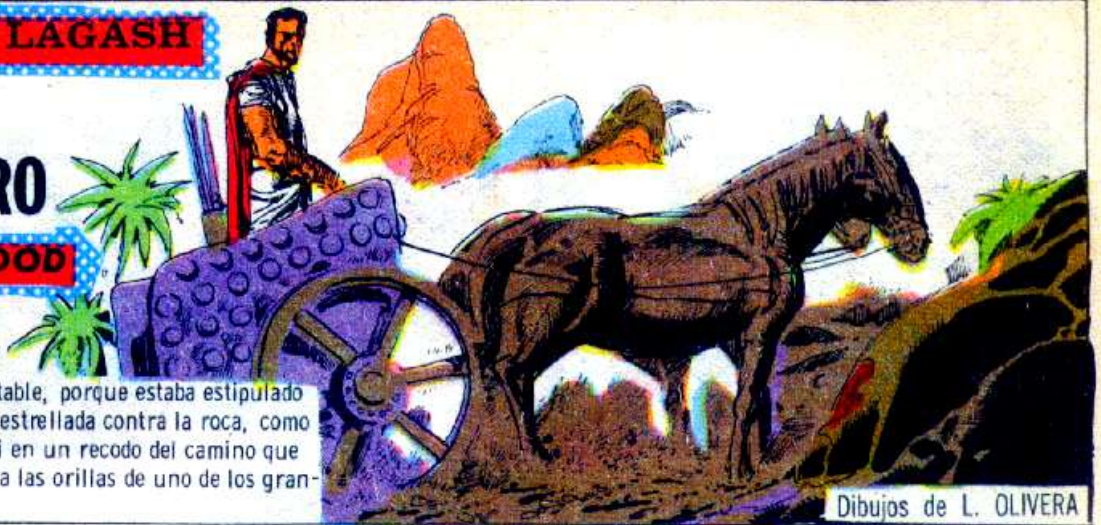
Alcé los ojos hacia el cielo azul. El arroyuelo murmuraba cerca mío. El cielo azul, infinito...

(¿Es todo casualidad?)

FIN

RAM, EL ARQUERO

Por ROBIN WOOD



Dibujos de L. OLIVERA

Vi la sangre porque era inevitable, porque estaba estipulado por los dioses que yo la vería estrellada contra la roca, como una roja flor espinosa... La vi en un recodo del camino que va hacia Sarmes, la que está a las orillas de uno de los grandes ríos.



Alto.



(Sangre... Rastros de huellas profundas con los tacones muy hundidos aquí. Allá se hunde la punta de los pies y los tacones se alzan...)



(Una melladura en esta roca... Algo la golpeó...)



(Y aquí hay trozos de cuero y bronce... Saltados durante la pelea sin duda alguna. Porque eso hubo aquí. Pelea...)



Sé leer los rastros en la tierra como el ciego lee en los rumores o el sordo en los gestos. Vivo atado a los caminos infinitos y sé comprender las mudas palabras del polvo y de las piedras y de los fantasmas que anidan en ellas.



(Seguiré adelante. Esto no es nada que a mí me toque. No es prudente el hombre que endereza los rotos tallos del sembrado ajeno...)



(Por lo tanto...)



(¿Qué es esto?)



(Un trozo de tela... De vestido de mujer... Ella corría mientras la pelea bramaba a sus espaldas.)

(Ella huyó hacia lo alto de la montaña. Hu-
yó corriendo sin hacer caso de espinas
ni piedras... Huía desesperadamente...)



(Esto requiere otro pensamiento, Nip-
pur. No es una simple lucha de vaga-
bundos. Hay una mujer que huye en-
tre estos espinos... ¿De quién huye?
Alguien luchó. ¿Quién?)



Y la sombra se extendió en la tierra ante
mí y oí la voz calma y lenta.

¿ Te interesan tanto esas huellas que no
apartas tus ojos de ellas, forastero?



El hombre era de piel oscura y largos ca-
bellos anudados en la nuca. Apoyado con
languidez en un arco de guerra. Llevaba
un carcaj de cuero y oro a la espalda lleno
de flechas y un cuchillo de degüello en la
cintura. Había profusión de adornos de oro
en su cuerpo.



¿ Quién eres tú?

Soy Ram, el arquero. ¿ Has oído hablar de
mí?



Sí. He oído hablar de Ram y su des-
treza inverosímil. Ha recibido mucho
oro por sus flechas, como un campe-
sino lo recibe por sus cerdos. Es
un vendedor de muerte.

Sí. He oído hablar de ti.



¿ Qué ocurrió aquí? Hay huellas de com-
bate y de una mujer.

Ah, sí.



Ven conmigo. Aquí cerca está nuestro cam-
pamento.



¿ Cómo te llamas,

Nippur.



Me miró perezosamente, pero con luz in-
cisiva en sus ojos. No soy falsamente mo-
desto. Sé que mi fama ha cruzado los es-
pacios de muchas naciones. El había oí-
do hablar de mí.

¿ El de Lagash?

Sí.



Allí está nuestro campamento.



Ese repugnante rorro de rostro de cerdo es Songar, el hombre que paga por mis flechas.



¡No te atrevas a hablar así, Ram!



Cállate, infeliz tripudo, si quieres algún día poner las manos sobre la doncella. Cállate. Oírte hablar me duele la barriga. Cállate.



El hombre gordo calló. Evidentemente pagaba a Ram por algo, pero le temía. Y Ram lo despreciaba con el helado desprecio que sienten los mercenarios por el hombre inútil que necesita de ellos.



No deseo discutir más. Ozor murió.

Vi a media docena de hombres de armas agrupados a la sombra de un bosquecillo. No muy lejos se veían dos cuerpos cubiertos con sus mantas. Ram escuchó.

¡Puah! Siete hombres y no fueron capaces de capturar a un simple pastor.



No es un simple pastor, Ram. Sacó espada y cuchillo y luchó con sabiduría, dando tiempo a la joven Irez para que huyera. Es hombre de armas.



Ram impulsó la cuerda de su arco que sonó como si fuera voz humana.



Mejor. Me gusta cazar piezas difíciles.



¿Qué es esa pieza humana que persigues, Ram? ¿Quién es ese Ozor que ha muerto? ¿Quién es esta bola de grasa que necesita de tus servicios?

Te lo puedo decir porque eres un hombre de armas aunque no pertenezcas a mi especie. Voy a cazar un hombre que ha robado una mujer.



Es fea acción.

No en este caso pues la joven huyó de buen grado con el joven. Ella es la sobrina de este hombre grasiento que está tras nuestro y quien la despose deberá hacerse cargo de sus campos y riquezas que son muchas.





No profundicé mucho en esto, pero se me ha dado a entender que el grasiento Songar desea esos campos y esas riquezas a cualquier precio. Decidí desposarla...



Rió sordamente y escupió.

No tomó en cuenta que hay ocasiones que es más fácil torcer la corriente de un río que la voluntad de una mujer. Ella se negó y ningún látigo fue suficiente.



Además resultó existir un joven misterioso y sumamente enamorado como todo joven que se precie de serlo. Este joven penetró en la casa de Sangor, le rajó la cabeza a dos esclavos y se llevó a la muchacha.



Yo me hallaba por casualidad en el pueblo y de inmediato Songar me hizo llamar y me prometió un asno cargado de oro si me ponía a sus órdenes.

Y aceptaste.



Soy esclavo del oro como todos los hombres.

No todos lo son.



¿Tú no lo eres?

No.

Se rió con crueldad. Era un hombre experto en la vida y en los hombres.



No hables tan virtuosamente, incorruptible Nippur, pues si no eres esclavo del oro lo serás de algún sueño, de algún hombre o de alguna mujer. Todos somos esclavos de algo.



No le contesté. Oscuramente, yo pensaba lo mismo que él. Me puse de pie y recojí mi manto y mi espada.

Te agradezco la hospitalidad, Ram. Vuelvo a mi carro.

Ten cuidado si te topas con el joven. Estando yo en busca de huellas tropezó con estos ordeñadores de vacas e hirió a uno y mató a otro. El herido es ese Ozor, del que oíste.



Me cuidaré, no te afanes.



Me alejé del campamento de los perseguidores y retomé el sendero de cabra que llevaba al sitio donde dejara mi carro. Sentí zumbido de abejas alrededor mío.

(Fea cosa. Persiguen a dos jóvenes enamorados como si fueran bestias. Y ofrecen oro por sus vidas como si fueran criminales.)



(Allá está mi carro. Lo mejor será que me aleje hacia...)



(¿Y eso?)



¡Ven, I rez! ¡Podemos huir en este carro!



(Ah no, joven. No me dejarás a pie...)



(Lo siento...)



¡Ah!



¡Thinos! ¿Qué tienes? ¡Responde!

Mi... mi... brazo... Creo que está...



Es nada más que un piedrazo, muchacha. Nada serio.

¿Quién...? ¿Quién eres? ¿Por qué nos atacas?



Soy el dueño del carro que ibas a robar. ¿Te basta el motivo?

Yo no quería robar... Nos persiguen...



Ya lo sé. Me tope con una partida de cinco guerreros encabezados por un tal Songar, a pocos metros de aquí.



Los dos jóvenes se miraron y pude ver terror en los de ella y una llama rabiosa de coraje en los de él.

Se acercan. Debemos huir.

¡Sí!



El joven intentó levantarse, pero...

¡Ah! ¡Mi brazo!



Déjame mirar...

Cuidado...



Está roto. La piedra te sacó el hombro...

¡Oh, no!



No podremos huir... Nos alcanzarán.

¡Oh, dioses! ¡Estamos perdidos!



¿Por qué hablas así? No creo que Songar intente nada contra vosotros... Sólo desea que la joven vuelva a casa.



¿Eso crees, forastero? Tan profundo es el mar de tu ingenuidad que puedes sumergirte en él sin tocar fondo.



Cuéntale, Irez, lo que ocurrió la noche de nuestra fuga. Díselo.



Esa noche le notifiqué mi decisión de tomar como marido a Thinos, que es militar, en la corte de Tebas y a quien conocí en mi peregrinación a los dioses de las Tierras Negras. Entonces pareció volverse loco...



Insultó y vociferó y hasta me golpeó. Me ordenó que me casara con él. Yo había oído rumores de que codiciaba mi fortuna y comprendí que eran ciertos y me negué. Fui azotada...



Conseguí enviar un mensaje a Thinos por intermedio de una vieja criada que lo ayudó a entrar durante la noche en la casa.

Fue providencial. Songar envió un asesino a mi cuarto esa noche. Thinos lo sorprendió y lo mató. Comprendimos que sólo quedaba la fuga.



Y ahora no nos queda ni eso.



Ya veo.



Ven. Subiremos a Thinos al carro. Los caballos son fuertes y nos podrán alejar un buen trecho antes que lleque Songar.



¡Gracias, noble señor!



No lo vuelvas a hacer nunca. No beses mano humana. Todas tienen viejas sangres y pecados.

También tienen bellezas... como ésta que quedara prendida en la tuya, señor.



Déjame que te ayude...



Pero...



¿Tú...?



Tu fama de guerrero me era conocida, pero ignoraba tu cualidad de hombre de corazón frágil. No te muevas, Nippur, o te atravesaré el corazón.



¡Ya os tengo! ¡Me pagaréis todos los gastos ocasionados y esta estúpida búsqueda bajo este sol despiadado!



¡No la toques, carroña!



¡Cállate, tú!

¡Ah!



¡Átalo a su carro! Luego decidiremos qué hacer con él.

Sí, amo.



Y tú...

No te acerques...



¡No te acerques!



Matadlos. A los dos. Nada se puede lograr de ellos. Diremos que el mismo secuestrador la mató.



Te amo... No lo olvides...

No lo olvidaré...



Me recuerdan dos perros protegiéndose mutuamente.

No.



Me recuerdan esos pájaros que durante la tormenta, empapados por el agua, aterrados por los truenos, aún encuentran fuerzas para cubrir el nido con sus alas...

Tal vez...



¿Dejarás que los maten?

Me han prometido oro por ellos.



¿Y eso es todo para ti? ¿En tu alma sólo hay ecos provocados por el oro?

Nada más, tú lo has dicho.



¡Ah!



¡Ya la tengo!

¡Suéltame!



El sol perezoso y ardiente seguía lamiendo las rocas y el sendero de polvo. Con un cuchillo, Ram cortó mis ligaduras.



Luego se dirigió al cadáver de Songar y comenzó a despojarlo de sus joyas.

Yo lo haré. Consígueme una lanza y rómpela en tres pedazos.

¿Cómo está Thinos?

Habrás que entablillar el brazo. El golpe no es nada.



Veo que el joven está bien. Me alegro. Yo debo irme.

¿Por qué los ayudaste, Ram?

Tú sabes cómo son las promesas de esta clase de gente, Nippur. Aire sobre polvo. Todo te ofrecen cuando te necesitan. Luego te mezquinarán hasta la última moneda de cobre. Preferí tomar solamente las joyas de Songar. Estanto como lo prometido.



¿Solamente por eso lo hiciste?



Me miró sin decir una palabra, luego sonrió encogiéndose de hombros. Yo me reí sin disimular.

Hay algo acerca de tu corazón que tampoco tu fama cuenta, Ram.



Adiós, Nippur. Los dioses te acompañen.

Adiós, amigo.



Dio media vuelta y con paso ágil y cómodo se alejó entre las rocas con su gran arco de guerra atravesado en la espalda. Su nombre era Ram, el arquero, y tuvimos el mismo corazón en aquella tarde calurosa de sol y húmeda de muerte y dulce de juventud.

Fin

NIPPUR de LAGASH

EL DIOS NEGRO Y EL HOMBRE

Por ROBIN WOOD





Todo aconteció y se desarrolló tal vez debido a aquel pequeño arroyuelo que encontré surgiendo entre las rocas. Hacía mucho que yo no veía agua como ésta, clara, cristalina, corriendo sobre un lecho de piedras pulidas... Me detuve por esa agua...



(Podría quedarme aquí algunos días... Parece haber buena caza...)



(Podré armar mi campamento en aquel bosquecillo. Además los caballos necesitan descansar.)



Tal como lo pensé lo hice. Encontré un pequeño valle para mis animales y lo cerré con una empalizada de troncos.

(Aquí estarán bien...)



(Y ahora me procuraré algo de comer...)



(Mira eso. Mira mi cena cómo aletea. Mira cómo salta y planea...)



(Mira cómo ahora dejará de hacerlo.)



(Muy bien, Nippur. Veo que a pesar de que el tiempo corre, tu brazo se conserva firme aún.)

Esa noche se repitió una vez más, una entre muchas otras, la escena tan familiar de la carne sobre el fuego, del picante olor de la leña, del chirriar de la grasa goteando sobre las brasas. La escena vieja y siempre nueva. La hora del solitario que mira sus recuerdos gestarse en el fuego de su campamento.



Comí con gusto y bebí vino. Luego apagué el fuego con cuidado y me alejé para dormir. Nunca duermo cerca de los fuegos de mi campamento. Soy un guerrero que ama la vida y un fuego encendido es siempre excelente guía para los ladrones de los alrededores.



(Debo emprender de una vez por todas mi viaje hacia Akad. Ya he encontrado tres mensajes de Sargón pidiéndome que vaya a verlo.)



(Mi amigo Sargón... Tiene problemas con los reyes vecinos y ya ha sostenido algunas escaramuzas contra ellos. En cualquier momento comenzará la guerra. Y cuando eso ocurra necesitará tener generales expertos.)



(Y no los tiene. Por eso me busca. Debería ir. Es mi amigo.)



(Pero no me agrada la idea de ver guerra otra vez. Ver sangre, saqueo y fuego. El dolor y la muerte con su alucinante cosecha. Sin embargo debería ir...)



(¿Y eso? He oído algo...)



(Veamos. Me gusta conocer el origen de los rumores cercanos a mi casa.)



Me deslicé con mucha cautela por entre los arbustos y follajes del bosque hasta que...

(Allí hay alguien. Parecen guerreros...)



(Sí. Y traen a una joven con ellos.)



(Esto tiene aspecto sombrío. Siento olor a hierro en el aire.)



No me equivoqué. Reconocí una silueta pesada y grasa que cargaba un hacha de piedra. Un hacha de ejecución. Las antorchas chisporroteaban dando una luz malsana...

(Como si tuvieran miedo a algo...)

Apúrate con esto, Faos. No me gusta estar aquí. Esto está lleno de demonios Apúrate.

Vi al verdugo, empujar a la joven. Esta no vaciló. Caminó con decisión y rechazó con rabia el empujón de la mano del llamado Faos.

¡No me toques! ¡No te atrevas! Mátame, sí. Tocarme, no.

(Tiene orgullo y es valiente. ¿Dejaré que maten a una mujer con esas virtudes? No. No lo permitiré.)

(¿Qué ha dicho recién ése? Habló de espíritus... Tal vez podría intentar...)

La sola idea me hizo reír entre dientes en el matorral.

(Creo que el susto les hará humear los cascos y los hará correr hasta los extremos de los países conocidos.)

Sofrené mi risa pues ví al verdugo aprestando su hacha. El silencio era impresionante y muy adecuado para mis intenciones. Junté aire y luego lancé un alarido que hubiere helado la sangre en las venas de cualquier ser viviente.

¡Aaaaaghhhh!

¿Qué es eso?

¡Demonios! ¡Veo relucir sus ojos en la noche!

Grité con más fuerzas aún, aunque a veces con el alarido se mezclaba una carcajada pues la situación me resultaba intolerablemente cómica. Hasta que...

¡Huyamos o nos devorarán!

¡Quietos! ¡Hay que ejecutar a la condenada!

¡Hazlo tú!

Creo que el hombre estaba tan asustado como el que más, pero o era un valiente o había otra cosa que lo asustaba más que mis gritos. Corrió hacia la joven tironeando de su espada...



¡Debo cumplir con la...!

Recogí una pesada piedra del suelo, admirado de su torpeza y terquedad...



Hoy no cumplirás ninguna orden, bravo adversario de cabras y ovejas.

Incluso desde mi escondite pude oír claramente el retumbar de la piedra cuando acertó. Soy un buen lanzador, hasta con armas de pastor.



(Los demonios... me atacan... Debo huir...)

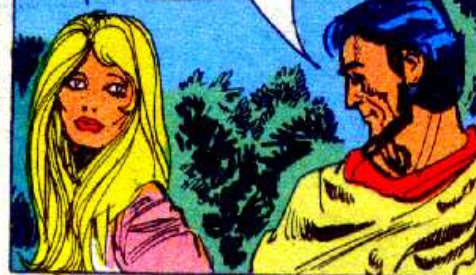


Olvidándose de su espumarajo de valor giró sobre sus talones y huyó con la velocidad del viento, si es que realmente existía un viento capaz de rivalizar con él.

No, no dejes de correr. Corre o los espíritus malignos te morderán.

¿Quién eres tú? ¿Eres acaso un demonio de la noche?

Lo soy solamente en la medida de mi mal carácter o de mi estómago vacío, muchacha. ¿Quién eres tú?



Me llamo Alana, de la gente de Kuhr, los que guardan ganado más allá de los dos valles sin agua.



Yo soy Nippur de Lagash. Y esos hombres que te traían, ¿quiénes eran?

Son gente del templo del Padre Negro, el amo de las cosechas y de las lluvias. Vinieron a buscarme para que fuera sacerdotisa en el templo y me negué, Boras, el sacerdote, quiso llevarme a la fuerza...



... y yo le pegué con una piedra en la cara. Creo haberle partido algunos dientes. Mucho daño no pude hacerle, pues bastante feo era ya.

¿Y ahora qué harás?



No sé. No me atrevo a volver al pueblo. Nadie me protegerá contra la gente de Boras. Temen su poder y la protección del Padre Negro. Tendré que seguir las rutas de las caravanas...



Me gustaría conocer tu pueblo. Si yo voy, ¿vienes conmigo?

Se le iluminaron los ojos y palmoteó feliz.

¡Oh, sí! Contigo me siento segura. No creo que Boras desee arriesgar a sus guardianes contra ti.



Entonces, recuéstate ahora y duerme. Mañana marcharemos para hablar con Boras.



En la mañana siguiente, montamos en mi carro de batalla y bajamos desde el valle donde yo acampara. Mientras viajábamos, Alana abrió la boca y no hizo falta que lo hiciera por segunda vez puesto que no volvió a cerrarla en todo lo que duró el viaje: —Y un día Boras aseguró que el dios se le había aparecido y ordenado que le levantara un templo junto al gran precipicio que hay al final del valle...

... y la gente se rió de él, pero entonces el gran ídolo atronó y salieron llamas por sus ojos y al día siguiente muchos de los que se habían reído de él amanecieron muertos con las caras verdes...



... y nadie más se rió y Boras anunció que la lluvia vendría y la lluvia vino y entonces lo respetaron aún más y le hicieron ofrendas y entonces Boras contrató a los hombres más fuertes de una expedición que pasó por el sendero y estos soldados se quedaron con él...



(¡Voto a Zeus! ¿Para qué diablos querría Boras a esta gorriona? Volvería loco a un hombre en pocos días.)



Allí está el pueblo, Nippur.



Y allí está el templo... y el Padre Negro.



Quedé helado de sorpresa al ver aquella gran mole sombría que se alzaba del otro lado de un abismo, entre inmensas rocas lavadas por la lluvia y el sol. Incluso en pleno día la maligna influencia que desprendía me alcanzaba.



Es horrible. ¿Y dices que ese ídolo tiene vida?

Cuando alguien desobedece a Boras, el ídolo tiembla y escupe fuego y golpea con los brazos. A veces se le lleva a algún desobediente y él mismo lo destroza de un golpe con sus manos.



¡Alana! ¡Alana! ¿Eres tú?

¡Padre!



Me mantuve alejado para no cohibirlos en sus demostraciones de alegría. Por fin, ellos se acercaron y...



Me ha contado mi hija lo que hiciste. Si un reino tuviera, no sería suficiente para premiarte por devolverme a esta hija mía tan querida a pesar de su fantástica lengua.

¡Tu hija está condenada, de manera que no bebas un vino que aún no tienes en la copa, viejo! ¡Ni beses una mejilla que ya está casi muerta! ¡Entrega a tu hija a mis hombres!



¿Boras?

Sí.



¡Ven aquí, perra! ¡Ven!

Oye...



¿Qué?



¡Ahhhh!



¿Qué haces? ¿Cómo te atreves a enfrentarte con los enviados del Padre Negro? ¡Su cólera te ahogará!

No creo en los dioses locos de cólera, Boras. He visto a muchos de ellos y la más de las veces sólo he visto a los hombres violentos tras la fachada del dios. No me echas a mí tus dichos. Soy un perro que no muerde esos huesos.



Tengo a mis guerreros.

Guárdalos. Acabar con ellos no justificaría ni siquiera el trabajo de desenvainar mi espada. No. Guárdalos.



Calló un momento meditando seguramente mis palabras. No era un hombre con arena en el cerebro, pues estos nunca llegan a lo que él llegó. Sorpresivamente sonrió. Tenía los dientes rotos. Recordé la pedrada de que hablara Alana.

Está bien.



Nada haré yo y nada harán mis hombres. Será el dios el que llegará a ti.

No me burlé de él. Por encima de sus palabras flotaba un jugo negro de muerte y amenaza. Había reptiles en sus designios.

Esperaré a tu dios, Boras. Mi espada también tiene magia.



Se alejó rodeado de sus guardias en dirección al precario puente de cuerdas que unía la aldea con el templo. Una vez volvió la cabeza y me miró. Luego comenzó a cruzar el puente...



(Este hombre es peligroso. Es un hombre que piensa. Y es como ciertas lanzas. Tiene filo de un solo lado.)

(El lado del mal...)



Esa noche comí con la gente de la aldea. Lo hacían todos juntos en el centro del poblado, sentados en círculo alrededor de una hoguera. Se reía, se cantaba y se bailaba...

Toma más vino, Nippur.



¡Canta algo, Alana! ¡Cántanos!



(Esperemos que al cantar sea más soportable que con su cháchara...)



Me sorprendió. Comenzó a cantar, despacio primero y poco a poco con voz más alta. No entendí muy bien su dialecto pastoril, pero comprendí que era una canción de amor.



Las mandíbulas se aquietaron lentamente y todos los movimientos cesaron. Solamente Alana junto a la hoguera tenía vida. Su voz era ahora alta y traía ecos de épocas guerreras de su país.



Épocas olvidadas pero que son buenas para cantar a los niños que duermen...



Y luego calló y nadie dijo nada. El mejor homenaje a su canto fue el silencio respetuoso que lo siguió. Y yo comprendí otra cosa...

(Se debe estar muy solo del otro lado del precipicio. ¿Verdad, Boras? Y la voz de Alana en la noche te debe hacer soñar junto a tu ídolo negro y siniestro.)



(Sueños que no se pueden convertir en realidad ni con oro ni con la amenaza de tu dios.)



Ve a buscar más vino, Alana. Este ha desaparecido milagrosamente.

Voy.





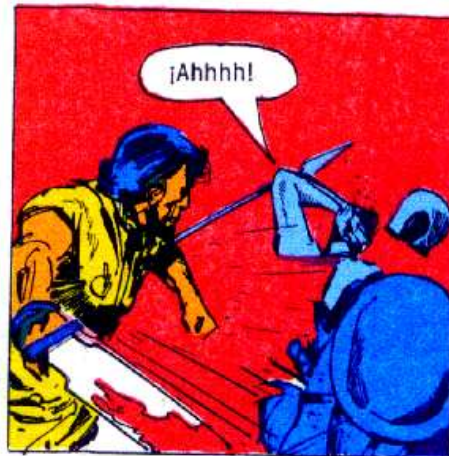


¡A él! ¡Hiérello en las piernas!

¡Cuidado!



¡Ah!



¡Ahhhh!



El puente se balanceaba espantosamente y tuve que aferrarme a él para conservar el equilibrio. Había sangre por todas partes cuando volví a avanzar hacia el ídolo.

Allá voy.



Nada veía que no fuera esa atrocidad brillante y llameante al final de mi camino. Mis sienes retumbaban como tambores de guerra...

Espera, ídolo de muerte. Aquí está Nippur...



¡Trata de vencerme! ¡Soy más fuerte que tú! ¡Enfréntame!



Un chirrido terrible me ensordeció y las enormes manos de piedra se alzaron mientras fuego y brasas eran vomitados por el dios...



Me salvé por poco...



Mientras las manos inmensas se alzaban otra vez, me abalancé contra el vientre de roca, palpándolo frenéticamente, rompiéndome las uñas, buscando... hasta que...

¡Aquí está!



Has llegado...

Sí. No me sorprendió tu farsa, Boras. He visto ya ídolos móviles en Egipto. Sé cómo se realiza la superchería. No te valió conmigo.

